





Dos novelas

El exilio del tiempo

Me abrazó tan largamente



Dos novelas

El exilio del tiempo
Me abrazó tan largamente

Ana Teresa Torres



Dos novelas

· El exilio del tiempo
· Me abrazó tan largamente
Ana Teresa Torres
2005

Colección de narrativa
Salvador Garmendia

Ediciones *El otro el mismo* 2005

Impresión

Producciones Karol C.A.
Mérida, Venezuela. 2005

Diagramación y cuidado de la edición

Luis Ruiz / leruizmedina@cantv.net

Portada

Obra de Lévy-Dhurmer
Eva (Fragmento). 1896
Pastel y gouache.
Colección Michel Perinet, París.

Hecho el Depósito de ley

Depósito legal
ISBN

© de esta edición
Ediciones *El otro el mismo*
Telefax: 0274 - 244 7251
e-mail: comala@telcel.net.ve
Mérida, Venezuela.

El sufrimiento de las comas

Cuando era niña tuve una profesora de Castellano y Literatura a quien llamábamos “señorita Adriana”, nunca supe su apellido. La señorita Adriana, por entonces una mujer que me parecía de edad indefinida, era soltera (solterona en las definiciones de la época), muy poco agraciada y profundamente enamorada de la literatura. Si escribiera un relato ficcional de su vida la haría una escritora secreta, que por timidez entre otras taimadas razones, como el hecho de que trabajaba unas dieciséis horas diarias, nunca pudo publicar sus escritos. La señorita Adriana me demostraba una inocultable predilección, quizá porque encontró en mí alguien que podía sufrir su mismo amor por leer novelas y poemas de Antonio Machado (su preferido). Siempre resultaba yo la autora de la mejor “composición”, aunque para disimular a veces me colocaba en el segundo lugar. El caso era que la señorita Adriana con lápiz rojo y persistente paciencia me señalaba los errores de puntuación, constantes y abundantes en mi cuaderno. Nunca ponía como es debido las comas, los dos puntos, el punto y aparte, y mucho me-

nos el punto y coma. El problema, aunque atenuado, persiste. Por ello confío más en la capacidad de los correctores profesionales que en la mía; por más errores que pudieran cometer siempre serían menores que dejada yo a mi libre albedrío. Viene todo esto a colación de que volver al *El exilio del tiempo* con la mirada en la puntuación me llevaría a un sufrimiento de 263 páginas en letra menuda que no me siento capaz de afrontar.

Además, releer una primera novela escrita veinte años atrás añade otros motivos de preocupación. Dos décadas después es un acto de fidelidad que excede el tema del punto y coma; la totalidad del texto queda problematizada, en tanto se hace cuesta arriba colocarse en el punto de vista desde el cual fue escrito. Para no mencionar las transformaciones que han experimentado el estilo y el tratamiento narrativo. Convertí la dificultad en agonía y di curso a un deseo siempre latente: recuperar la versión original de 1984; esa versión que produjo en una máquina Hermes, y que no por azar conservé, contiene pasajes que no aparecen en la publicada en 1990. La razón es que yo misma la recorté atendiendo inútiles recomendaciones de alguna famosa agente literaria según las cuales la eliminación de varios fragmentos la haría más amigable al lector, con miras a una publicación que nunca ocurrió. Se incluyen ahora pensando más en la veracidad de la novela que en su posible amistad. Para los antiguos lectores quedará la opción de saltarse lo añadido o de juzgar si la preferían como entonces; para los nuevos será, simplemente, una novela. Para mí permite cerrar un ciclo y atravesar con plena conciencia el sufrimiento de las comas ya que estos fragmentos permanecieron salvajemente inéditos e incorrectos. Se componen, por una par-

te, de relatos suprimidos y, por otra, de una serie de reflexiones que acompañaron a su escritura y que, en tanto registros de la propia voz narradora, corresponden en rigor a la ficción. Pero hay más: la sombra de la autocensura se introdujo en el propósito de esta reedición. ¿Era el año 2004 un tiempo propicio para esta novela? Me sentí tentada de exiliarla al olvido, y al mismo tiempo intuí un grave peligro en esa tentación; mucho más grave que recortarla para hacerla más amistosa.

El último de estos fragmentos comienza con la frase “Un relato es una despedida” y contiene esta rotunda e inexacta afirmación: “Aun cuando usáramos el artificio de retornar a los antiguos personajes, ellos se negarían porque, al igual que las personas, tienen sus propias vidas, sus propios devenires, y cuando queramos rehacerlos será ya desde otra clave y con otra luz que quizás nos permita volver a sus nombres o a sus circunstancias pero nunca a la recreación de sí mismos”.

El asunto es que andando en el oficio he comprobado que los personajes de las novelas saltan de unas a otras de las maneras más imprevistas, como si supieran mejor que su autor dónde se encuentran más a gusto, de modo que no era del todo convincente mi afirmación de entonces. Por ejemplo, la historia de mi tía Malena en Viena fue abruptamente expulsada de su país natal, *El exilio del tiempo*, y ella, rebelde como fue, logró encontrar refugio en *Malena de cinco mundos*. Allí se siente bien y no le propongo nuevas mudanzas.

Sucedió también que después de haber enfáticamente enterrado a los personajes de *El exilio...* la ocurrencia de una situación relatable se me impuso exigiéndoles una reaparición que escribí en 1996. Pudiera haber sido un relato

independiente pero bastante incomprensible para quien no tuviera previas noticias de los protagonistas, así que después de atormentadoras revisiones y dudas llegué a la conclusión de que el mejor lugar para la novela breve *Me abrazó tan largamente* era ser acompañante de aquella que le dio origen.

Todas estas intervenciones y complementos no serían posibles sin un editor excepcional. De este modo este libro rinde homenaje al nombre de la editorial: es otro y el mismo. Al igual que la autora.

Ana Teresa Torres

Caracas, marzo 2004

El exilio del tiempo





A Gastón Carvallo



Todo nos amenaza:
el tiempo, que en viviente fragmentos divide
al que fui
del que seré,
como el machete a la culebra;
la conciencia, la transparencia traspasada,
la mirada ciega de mirarse mirar;

Hoy recuerdo a los muertos de mi casa.
Rostros perdidos en mi frente, rostros
sin ojos, ojos fijos, vaciados,
¿busco en ellos acaso mi secreto,
el dios de sangre que mi sangre mueve,
el dios de yelo, el dios que me devora?
Su silencio es espejo de mi vida,
en mi vida su muerte se prolonga:
soy el error final de sus errores.

OCTAVIO PAZ
Libertad bajo palabra



Mientras descansaba en un salón del Palacio de la Magdalena, en la ciudad de Santander, recostada en un sillón de cuero, contemplaba el marco de las amplias escaleras tapiizadas en rojo y el trasegar por ellas de estudiantes, eruditos del Tercer Mundo, intelectuales catalanes, chicas argentinas, especialistas varios, venerables sabios alemanes, chicos franceses, jóvenes profesores españoles y yo, sin ninguna relación o muy remota. Me encontraba en una condición de observación, en la situación del entomófilo vigilante de un mundo de hormigas que transportan afanosamente cargas inverosímiles e impalpables, de sentido incomprensible para quien no está dentro del juego, y a la vez me conmovía un estremecimiento de marginalidad, de soledad, de estar muy triste y no ser nada para tantas hormigas. Veía los muebles, cómodos sillones ingleses pensados para príncipes alguna vez habitantes del palacio, el techo de casetones albergando pastoras y cervatillos en difíciles posiciones entre nubes azules, y la chimenea de mármol apagada porque era el mes de agosto. Algunas tazas de café en pequeñas mesas redondas de filo dorado, las conversaciones en sordina de las hormigas cansadas de subir y bajar, múltiples bluyines, franelas, libros y afiches se sentaban a mi alrededor en tanto intentaba descubrir una presencia conocida, reconocer un rasgo anterior. Posiblemente la extrañeza, la ajenidad, no es seductora sino por breves instantes, y empujándonos al en-

cuentro de fantasmas reconocibles nos induce a establecer similitudes o ilusiones de semejanza que permitan sentir el paisaje que nos rodea, si no familiar por lo menos cercano. Intentaba, pues, extraer de los concurrentes o de la configuración del salón huellas de alguna manera reconquistadoras del tiempo perdido, pero cuanto más buscaba más me sobrevenía una incapacidad de evocación, una imposibilidad de seguimiento de alguna pista, aunque falsa, y sólo alcanzaba una certeza, y era saber que cualquier recuerdo hubiera sido pura coincidencia. Experimentaba un estado un poco sartreano de hallarme arrojada allí, convirtiendo toda traza, cadena o hilo para enlazarme al palacio en un esfuerzo de invención, un artificio impuesto, porque, aun cuando su ambiente suponía resonancias de pasado, a la vez sus hormigas se resistían a ofrecerme claves de otros tiempos. Me pareció encontrar en él precisamente el punto del cual todo recuento debía partir; de aquel espacio tan amplio, tan desconsideradamente hostil y solitario como la vida, tan impropio y sobredeterminado como todo lo que nos asalta, tan lejano y extraño como cualquier circunstancia. Porque precisamente en tanto nos ocurre, en la fuerza de la ocurrencia, se nos va haciendo prevista, habitual, esperable, y así va produciendo la falsa imagen de creernos sabedores de nuestras vidas y pasos, amantes desde siempre de las otras hormigas que nos rodean, e incluso de llegar a entender las razones de nuestro amor. Pudiera muy bien suceder, si aquellos con quienes siempre hemos hablado dejaran de pronto de conocer nuestro lenguaje y todas las palabras hasta el momento cruzadas, un insensible vaciamiento de sentido hasta olvidar cuál fue nuestra relación, aquello que nos unió, y de ahí la necesidad de repetírnoslo,

de reincidir y refrendar nuestros sentimientos múltiples veces; como si temiéramos que al vacío de las palabras pudiera sucederle una deshabitación de los afectos en ellas abrigados, y finalmente desembocáramos en la pregunta de si nos amamos porque nos lo decimos o nos lo decimos porque nos amamos.

El Palacio de la Magdalena, en la medida en que tenía la certeza de nunca antes haber estado allí, aunque su atmósfera me devolviera un soplo familiar, me parecía la mejor falsa magdalena, y cuanto más me arrellanaba en sus sillones tanto más segura estaba de no encontrar ningún afecto para unirme a ellos salvo la casualidad y el cansancio. Así yo, con las otras hormigas, sólo teníamos en común la participación en una escena de cine mudo, pues nos movíamos simultánea y coincidentalmente sin intentar una conversación forzada y trivial, y por otra parte inútil, porque era muy posible que no volviera nunca, y si lo hiciera seguramente me habrían cambiado las hormigas. Esta idea me entristecía porque a pesar de estar pensando en hormigas desconocidas sabía muy bien que no era verdaderamente en ellas, sino solamente en tanto representación indirecta de otras hormigas en otros días, y así como de volver a la Magdalena serían otras las que pulularan, tampoco es posible volver hacia la playa abandonada. No hay playa a la cual regresar, no se retiene la brisa moviéndose en las macetas, no hay huellas para reponer nuestras pisadas sino un avance permanente desalojándonos de la memoria. Hay ya una nostalgia de futuro, de los recuerdos aún no fabricados con la materia de este mismo presente, consagrado en pasado a fuerza de sabernos tan efímeros. Hay ya una muerte vivida frente a nosotros, una esperanza dejada atrás antes de serlo,

una hoja perdida antes de escrita. Y como es precisamente lo no coincidente la mayor presión de nuestra imaginación, según he de saber por un texto que cuando escribo esto no he leído, aquel palacio me parecía el lugar del cual partía mi vida; no más artificioso o rebuscado que el punto original de donde surgió, de las múltiples coincidencias, infinitas para cualquier estadística posible por las cuales puede explicarse cómo alguien está donde está y no en otra parte, y de esa manera me empujaba a producir falsas combinaciones, creyéndolas a medias como me sucede con casi todo.

Así me venía, por ejemplo, una frase escrita mucho antes sin que entonces pudiera anticipar su finalidad: “el día que abandonamos la casa, subí al cuarto de mamá antes de salir, las ventanas estaban abiertas y la cortina de *voile*, inflada por la brisa, se escapaba entre las rejas como una mano desplegada por alguien que la arrojara al tiempo”. Necesitaba un párrafo en el cual incluir aquella frase, un texto del cual formara parte para salvarla de un naufragio de palabras. Era para mí un recuerdo zozobrado, como tantas otras piezas de memoria que encontramos con la madera despintada, agujereada; dispersas, cuando tuvieron antes una articulación, una ordenación práctica ya destrozada. Ver cómo se desasían dolorosamente ante los ojos, arañando con sus clavos, estropeando las manos de quien intentara apresarlas, y a la vez deshacerse con ellas, si tratara de quitárselas del medio y aferrarse al palo del puro presente, pero a la vez con la intención de recobrarlas, arreglarlas un poco, introducirlas en un orden evidentemente destruido y desvirtuado. Intentar restaurar una película cuyas múltiples escenas tratáramos de llenar en sus vacíos con otras escenas imposibles o ficticias, no más imprecisas que las originales

sino virtuales, meros puntos de vista sutiles o perecederos, y resultantes del emplazamiento del observador. De lo que se desprende inevitablemente la interrogante de si todos los recuerdos son desde el presente una construcción, aun cuando tengan la misma fuerza que los hechos, en tanto no es el recuerdo más que la borradura lenta de una figura, el signo del mar continuamente abandonando la arena, y está la memoria mucho más cerca de la invención de imágenes que de la reconstrucción de acontecimientos.

Y más aún si éstos propiamente existen o no son más bien cadenas o coyunturas que adquieren determinada particularidad para concatenar situaciones, y desaparecen después como sombras chinescas en las manos de un prestidigitador inconsecuente. Quizá tampoco existimos nosotros con toda la presencia atribuida a esa palabra, sino meras modalidades de la coyuntura cuando dispone nuestros afectos o ideas o actos, y por ello, con aproximada aunque dolorosa facilidad, pasamos de una a otra; y así en pleno naufragio es igual una tabla que otra, una palabra que otra, porque la violencia del mar las ordena en cualquier sentido, y pudiéramos preguntarnos si un naufragio no es otro del que ya hemos perdido el recuerdo. Pero necesitamos sobrevivir y agarrarnos de las tantas escenas que emergen alrededor con sus puntas maltrechas de tablas rotas; y en medio de las olas y de la furia imaginable en una tormenta quise entonces refugiarme en las palabras, únicas amarras que nos detienen. Símbolos, figuras posibles para la reposición del barco destrozado a partir de los elementos flotantes en nuestra imaginación, como tantísimas bellas naves que han cruzado frente a nosotros, etéreamente sostenidas por las páginas de un libro, y empujándonos a buscar esa nave inalcanzable.

Así quise yo escribir aquella frase, desanclar también mi fragata, sin importarme su duración, estabilidad o capacidad de resistencia a las aventuras, sólo para verla ondear o para ser vista por cualquier otro sobreviviente que quisiera levantarse entre las olas. Y entonces abrí las velas al viento, desaté el cordaje, enfilé la proa y me decidí a inventar mis recuerdos.

Una tarde primero de enero, cuando ya los sirvientes habían retirado las copas con el caldito insípido, residuo de una champaña bien helada de la que han huido las burbujas y el encanto y queda sólo la marca de pintura de labios a punto también de desaparecer, y recogen los ceniceros sucios y la hielera de plata con dos delfines abriendo sus bocas hacia los cubitos de hielo, ahora agua tibia, y se llevan los papeles de algunos regalos tardíos flotando sobre el piso con los lazos desenvueltos y las tarjetas medio borradas por el líquido que cayó de algún vaso que ahora lavan y secan cuidadosamente para volverlos a guardar en el cuarto de la loza, caen unos trozos de cristal que alguien dejó quebrar sin importarle su origen, sin saber cómo así se descompleta el juego de copas que tía Carlota nos había regalado en el matrimonio de mis abuelos y así había quedado con nosotros para ser usado una Navidad tras otra y brindar un fin de año tras otro y he aquí que ahora permanecerá incompleto para siempre porque, ten en cuenta, estas copas de champaña que te llevas a la boca como si cualquier cosa fueron propiedad de una princesa napoleónica, pero no por ello deja de ser princesa, quién sabe si de la abuela de Marie Bonaparte, y la mamá de tía Carlota las adquirió en una

subasta de Sotheby, ahora son apenas unos pedazos de vidrio que la sirvienta, ajena a la historia, recoge como si nada con la escoba, con los papeles de los regalos, el polvo. Margarita se sienta, quitándose los zapatos un poco cansada por todo el trajín de la noche, y conversa con mamá sobre los regalos. Te das cuenta, mamá, del regalo de Elisa, y desenvuelve delicadamente unos elefanticos rosados de porcelana enlazando sus trompas en un gesto afeminado que Pedro remarca desagradable para aflorar la posibilidad de la homosexualidad entre los proboscidios, escandalizando a Margarita con la poca sensibilidad y mal gusto de Pedro, siempre dispuesto a hacer un chiste tonto y echar a perder cualquier regalo con un comentario o un gesto, mamá en cambio piensa que los elefantes se verán muy bien sobre la cómoda de Margarita en su cuarto de *jeune fille*, como dice mi abuela, que alberga apropiadamente todo género de pequeñeces, de objetos sin uso, de bellezas minúsculas y suaves, casi rompibles de una mirada, de pequeña cosa a medio camino entre la infancia y la adolescencia, como un himen de *jeune fille-a-mariar*; también como los elefantes rosado y suave, posiblemente frágil, para tenerlo ahí sobre la cómoda y mirarlo, a lo sumo tocarlo, acariciarlo, quitarles el polvo, ver cómo los elefanticos insinúan un gesto de amor, absolutamente enfriado por la porcelana. Mamá descubre ahora exaltada un nuevo regalo inadvertido, un regalo para papá, un libro sobre las guerras de Europa, y papá lo observa con cierta displicencia, pero es porque no has mirado la maravilla de ilustraciones, con las figuras de abstractos soldaditos luciendo impecables uniformes nunca manchados por la sangre, algo que afea tanto las guerras, bellos dibujos de maniqués alzando en su mano derecha el arma, espadas, sables, bayonetas, son variados modelos franco-prusianos y

austro-húngaros o cruzados del Rey y de la Santa Bula, alféreces o capitanes de los tercios de Flandes, hasta modernos comandantes aliados con revólveres y granadas, junto a moros y etíopes que por alguna razón danzan en las mismas guerras. Papá casi se entusiasma y se enfrasca en un capítulo sobre la guerra de las Dos Rosas cuando un grito de Margarita le interrumpe la lectura porque es exactamente lo que queríamos, mamáaaa, lo que nos hacía falta y no lo teníamos, se perdieron en la mudanza, te acuerdas mamá, le dice ahora mamá a mi abuela, y tanto que los hemos echado de menos, una cosa tan necesaria comenta mi abuela, tan indispensable que no me explico, Mercedes, cómo no los habíamos vuelto a comprar, porque nunca conseguimos el mismo modelo y en cambio éstos sí son, tienen el mismo dibujo en el mango, quizás no exactamente el mismo pero muy parecido, perfectamente podría decirse que son los mismos y que nunca los habíamos perdido, te das cuenta, casi idénticos, pero cómo se le habrá ocurrido regalarnos esto, un objeto que habíamos dejado de tener y ahora recuperábamos gracias a Dios, las cucharillas de revolver los refrescos. Tantas piñatas y bridges que se han dado en esta casa sin poder revolver los refrescos, las limonadas, los jugos. Solamente a tía Cecilia podía habersele ocurrido hacernos este regalo. Es cierto porque cualquiera hubiera pensado que ya los teníamos, así es, cualquiera lo hubiera pensado. Sí, pero ella se dio cuenta un día que vino a visitarme porque estaba resfriada y pidió una limonada.

Ahora ya todos han subido a sus habitaciones y la casa está sola, yo me quedo en el salón con ese aire de fiesta terminada porque todo está en su puesto pero mucho más que de costumbre y pienso en cómo la vida se agolpa en los

objetos y cómo estamos sentados sobre tantos días, en un espacio tan pequeño como es el que ocupamos mientras nuestro amor se extiende y acaricia cada uno de los días y de las horas, las miradas lejanas, las palabras dichas por otros, tantas palabras. Quisiéramos recogerlas antes de que queden enganchadas en un árbol quemado ya hace tiempo. Y de pronto Isabel aparece por una puerta y con gesto clandestino me pregunta si todos se han ido ya y, como ve que estoy sola mirando la tarde caer, cruza las piernas en un sillón y me pregunta: ¿qué, cómo estuvo todo? ¿Todo, qué? Bueno, todo, la fiesta, la comida, la gente, de qué hablaron. Para empezar debo decirte que éste no fue ni con mucho lo que eran los treintayuno en casa, esta fiesta fue apenas el remedo de las otras, que sí eran en verdad celebraciones. Esta es apenas una caricatura, la pálida copia de otros tiempos mejores en que cenar la noche de fin de año tenía pompa y empaque, tenía, cómo decirte, aunque sea una palabra antipática, tenía clase. Mi abuela comenzaba a preparar la comida desde una semana antes por lo menos para entrar en la laboriosa elaboración de las hallacas, la olleta de gallo, el pernil de cochino, el pavo asado, el dulce de lechosa, la torta negra. Mamá elegía los invitados de aquel año, no siempre los mismos porque ten en cuenta que en un año pasan muchas cosas, por ejemplo, se muere gente, y aunque habíamos tenido buen cuidado de llevar las listas de los obituarios y mi abuela y Margarita habían asistido a todos los velorios, siempre se nos olvidaba alguien, sucedía que mi abuela decía entonces acuérdate de llamar a Teresa y mamá le recordaba pero qué disparate, si Teresa se murió en junio de un derrame cerebral, y cancelábamos inmediatamente la llamada que hubiera sido inoportuna. Pasaba también que había

pleitos de familia, y cuando pensábamos llamar a tía Cecilia y tío Luis enseguida mi abuela gritaba que eso era imposible por que precisamente el tío Luis había tenido un desagrado muy grande con el tío Eduardo, a causa de las acciones de una financiadora que habían bajado o habían subido, no sé muy bien, pero en todo caso habían tomado un camino indeseable para el tío Luis que culpaba al tío Eduardo del hecho de haber quedado en malísima situación y sería sumamente desagradable el encuentro, sería crear un inconveniente innecesario que de ninguna manera, de modo que había que escoger entre uno de los dos para decidir cuál invitábamos y cuál excluíamos y eso llevaba cierto tiempo porque papá opinaba que Luis se había portado mucho mejor con él en otros tiempos, pero mi abuela consideraba que la línea de consanguinidad era mucho más próxima con Eduardo e incluso existía un precedente y era que Luis no nos había invitado al bautizo de una de sus hijas, y en cambio Eduardo siempre había sido de los más consecuentes con nosotros cuando papá había tenido la quiebra de la constructora, aunque papá no estaba demasiado de acuerdo. Esto se prolongaba un tiempo más pero era obvio que ya mi abuela comenzaba a decir Luis y tío Eduardo, es decir, que de una vez le íbamos quitando el tío y lo llamábamos Luis a secas, lo que ocurría con los parientes con quienes nuestro trato se hacía más distante por tantas cosas que suceden en la vida, los designábamos por su nombre y descartábamos el término para denominar el parentesco (no sé qué opinaría Levi-Strauss pero se entiende que estamos hablando de problemas afectivos y no de estructuras de parentesco). Cosas así sucedían todo el rato y la lista de los invitados por eso llevaba mucho tiempo. Había quienes consideraban apro-

piado invitar a María Josefina y quienes no, no tanto por ella sino porque ya sus hermanas no la trataban y era ponerlas en una situación difícil el estar en una fiesta de fin de año de la familia y mirarse sin saludarse, así que optábamos por excluir a María Josefina y yo lo lamentaba mucho porque era precisamente la más original y divertida de mis primas, pero a mi abuela no le gustaba nada y ya explicaré por qué. Finalmente quedaba la lista de los invitados reducida de acuerdo con las exclusiones que desgraciadamente las circunstancias imponen, entre ellas si tenían vestido largo, porque había unas primas de papá muy queridas por todos pero no estaban en situación de hacerse un vestido largo y si las invitábamos las colocábamos en un compromiso y las obligábamos al recurso de pedirlo prestado que es siempre tan desagradable, sobre todo cuando en otras épocas se ha tenido y ahora no, así que mamá las llamaba para invitarlas el veinticinco en la tarde a merendar y quedaba muy bien y ellas mismas lo agradecían. En ese caso era una exclusión piadosa. La lista se hacía muy escogida y no pasarían de cincuenta entre familia y amigos íntimos, la gente comenzaba a llegar a eso de las nueve, algunos pasaban al corredor, en general los más jóvenes porque en diciembre refresca mucho, los de más edad se refugiaban en el salón donde estaban los sillones más confortables porque el corredor estaba amueblado con las sillas coloniales, que ya se sabe que son bonitas pero un poco duras, en cambio en el salón habíamos puesto un juego de poltronas capitoné comodísimas, estaba iluminado por la lámpara de lágrimas que mi abuela de ninguna manera quiso abandonar cuando nos mudamos al este y además se veía bastante bien en el salón. El árbol y el pesebre se instalaban también en el corredor y

a las señoras más viejitas les gustaba el pesebre y opinaban que era mucho más bonito que el pino canadiense, sobre todo porque mamá tenía unas piezas de Nacimiento preciosas traídas de España y a poca gente le quedaba un pesebre tan realista como el nuestro. Todo el mundo conversaba muy serenamente salvo algún tío que otro pasado de palos, pero en general en familia todos trataban de mantener la compostura y dejaban los excesos para ocasiones más apropiadas. A excepción de mi primo Carlos Eduardo que tenía muy mala bebida para la champaña y una vez hubo una escena horrorosa, quiero decir de muy mal gusto, como de *El derecho de nacer*; porque mi abuela salió a la cocina para ordenar que pasaran la bandeja de los turronec, y en el momento en que entra, ve que Carlos Eduardo le estaba pasando la mano por las nalgas a Vidalina y ella en vez de haber reaccionado como debía, es decir, huyendo, o a lo sumo gritando, se moría de la risa y le decía déjame quieta ahora que estoy sirviendo los turronec, es decir, lo posponía y si decía ahora no quería decirse antes sí o luego quizás, y de pronto a mi abuela se le hacía clarísimo que Carlos Eduardo no nos visitaba tanto por Margarita como habíamos llegado a creer, sino por Vidalina, y eso era el colmo, de modo tal que encendida como un dragón, como salen en los cuentos con los ojos lanzando llamas pero sin alzar mucho la voz, le dijo a Vidalina: mañana recoge usted sus cosas y deja el cuarto libre y limpio, limpio, me oye, Vidalina. Así que aquel fin de año fue el fin de Vidalina de quien supimos por otros conductos que tiempo después tuvo una muchachita mulata clara y no hicimos ningún comentario porque, al fin y al cabo, eso era la simbiosis. Entre otras cosas, Carlos Eduardo era siempre el personaje conocido

como el alma de la fiesta porque tenía muchísimo sentido del humor y nos contaba chistes groseros a las primas jóvenes y nos daba un poco de pena pero estaba permitido por ser fin de año y además la champaña rasca muy alegre, nos hacía creer que estaba enamorado de todas y no le conocíamos ninguna novia y como era un primo segundo por eso se había pensado que quizás él y Margarita, pero no. Además Carlos Eduardo era riquísimo, quizás el más rico de todos nosotros, y viajaba mucho a París y nos traía a las primas perfumes y a los primos unas revistas que leían encerrados en el baño.

Después que habíamos conversado un rato en el corredor y en el salón, pasábamos al comedor y se hacía un poco largo porque las sirvientas no estaban acostumbradas a tanta gente, pero finalmente lográbamos sincronizar la hora de los postres con la aproximación de las doce, hora del cambio que nos agarraba copa en mano dispuestos a brindar por el año venidero, año que cada cual esperaba le trajese lo esperado, año en que cada cual esperaba no morir, año en el que esperábamos sucedieran las mismas cosas más o menos, que los que éramos siguiéramos siendo y siendo como éramos, es decir, la esperanza del cambio era sobre todo la del no cambio y no nos importaba nada esa contradicción porque todos los años pasados nos confirmaban que vivíamos sobre la contradicción, a pesar de ella y por encima de ella, así que por qué no una vez más. Cuando sonaban las doce llorábamos un poco pero sin grandes escenas, sin dramatismos de opereta que no nos gustaban nada, sino apenas unas lágrimas furtivas en medio de tantas sonrisas y felicidad. Entonces nos lanzábamos a felicitarnos el año nuevo y a besarnos múltiples y cruzadas veces teniendo cuida-

do de que no se nos escapara nadie y a la vez de no repetirnos, y eso era más difícil porque muchas tías se parecían a otras. Casi siempre Pedro se negaba pero mamá lo pellizcaba disimuladamente y tenía que emprender la felicitación como todo el mundo. Papá y mi abuela, poco dados a los sentimentalismos, trataban de evadirse en el corredor pero eran implacablemente encontrados y Margarita, la más afectuosa de todos, siempre les decía a cada uno la frase más amable y lo mucho que nos acordábamos de él aun cuando no nos viéramos tanto. Pasado el momento, que en realidad duraba varios, porque si se calculan cincuenta personas besando a otras cincuenta el número de permutaciones es bastante largo, nos volvíamos a sentar y reagrupar y todos estábamos muy satisfechos de poder mostrarnos el cariño que nos teníamos. Después había un cierto decaimiento porque la expresión de sentimientos nos sumía en la nostalgia y mis abuelos comenzaban a recordar otros treintayuno más felices que habían tenido lugar anteriormente.

Recordar la estantería de tía Olga, atiborrada de novelitas francesas y también de novelas, la colección *série noir* y otra de novelones entre rosa y negro, desde el erotismo facilongo de Guy de Chantepleur a la pornografía disfrazada de las *Histoires d'amour de l'Histoire de France* que me llamaban muchísimo la atención porque se veían las ilustraciones de las damas con los vestidos Imperio cuyos escotes ya se sabe cómo eran, y los caballeros a los pies de los divanes damasquinados que, con una plumita, les hacían cosquillas entre los senos de pezones pintados, mientras un perrito lebel en una esquina les lamía una mano. Así me imaginaba

yo que era el pecado y el mundo y las tentaciones del demonio, en forma de perrito. Tía Olga se recostaba en su diván menos orientalizado y desde allí contemplaba el Ávila a través de la ventana y leía sus novelas mientras se fumaba unos cigarrillos largos con boquilla y supongo le complacía la lectura. Yo sentía muchísima curiosidad por leer sus libros también, pero ella me recomendaba enseguida a la Comtesse de Segur o a lo sumo *Sissi Emperatriz*, y pienso que me hacía trampa porque, aun cuando fuera muy romántico y apropiado para mi edad, me parecía a mí que el destino de Sissi era bastante de mentira y desde luego muy lejano a mis posibilidades. Tía Olga, sin embargo, fue mi tía preferida y después relataré muchas más cosas de ella y de su vida que me resultaba bien interesante, además de siempre haberla querido mucho porque me dejaba hacer rompecabezas y crucigramas sentada en la alfombra mientras leía o hacía que leía. En el *secreter* Reina Victoria guardaba unos sobres azules enlazados con una cinta malva y no me permitía leerlos pero, por la discreción y fidelidad con que los guardaba y de vez en cuando releía, yo sacaba la conclusión de que aquellas historias de amor me interesaban mucho más que las de las amantes de los reyes de Francia, y para mí tía Olga fue mucho más importante que cualquier Diana de Poitiers.

También había la cómoda Imperio de mi abuela conteniendo las fotos de la familia a través de diferentes épocas, exilio en Europa, temporada de nieve en Saint Moritz, salían mamá, tía Olga y papá con un señor disfrazado de oso; veranos en Biarritz, ésas me encantaban, tía Olga peinada a la *garçonne* fumaba por el paseo de la playa, el primer automóvil de papá, un Hispano-Suiza, los abuelos en Madrid, papá y mis tíos recorren Italia, papá con pantalones

bombacho elegantísimo en alguna parte en Inglaterra, el perro y la institutriz de mamá en una playa sin nombre, mi bisabuelo con otros señores en Macuto, el tío Guillermo montando a caballo en una hacienda, tía Olga y mamá paseando en Barcelona, mis hermanos y yo en una piñata en El Paraíso. Colección de daguerrotipos: mis abuelos después de su matrimonio, ella sentada con moño romántico y collar de perlas mira hacia él, de pie a su lado, con una mano a la espalda, y la otra sobre el respaldo de la silla mirando hacia delante; mi abuela de quince años con un abanico en la mano y una guirnalda de flores en el pelo que cae vaporoso; mi bisabuelo con bastón de empuñadura de plata sentado de perfil. Había muchas fotos. También un pisapapeles de lapislázuli, un sello lacrado de mi bisabuelo cuando era prohombre del régimen, colección de periódicos de *El pregonero* y *El Clarín de Valencia*, los sillones coloniales de mamá Isabel, *chaise-longue* extraña de uso decimonónico como las que usaban las *cocottes* (ver *Histoires d' amour*, etc.), no sé de quién sería pero fue retapizada por tía Olga en terciopelo verde; el juego té de plata de mis abuelos, sombrerera de cartón conteniendo un disfraz de gitana (creo que de mamá) un inmenso escaparate también horrorosamente Imperio y dentro múltiples sábanas en desuso y liqui-liquis apolillados; un caballito de cartón con el que jugaron todos los varones de la familia; la leontina de mi abuelo; cartas apócrifas del Libertador; una carta firmada de Páez a sus hijos que alguien regala a mi bisabuelo en un cumpleaños; condecoración del general Cipriano Castro. Tantos objetos que podían encontrarse, ligados de por vida al nombre que les daba propiedad y que por eso los teníamos, aparecían y reaparecían y yo creo que hasta se multiplicaban en silencio, quizás

todos mezclados podrían urdir un pasado nuevo, historias renaciendo de ellos y confundiéndose unas con otras, uniéndose a nuevos objetos de pasados más próximos y aun futuros, porque era necesario conjugarlos con los nuevos, con los no adquiridos pero por adquirir, para que todos cupieran y tuvieran su espacio cuando fueran pasado para otros aunque para nosotros fueran futuro. Una dialéctica estática pero dialéctica al fin que en el fondo nos amargaba un poco la vida del presente porque las mamás que habían sido mamás para unas eran abuelas para otras y bisabuelas de los hijos para quienes eran abuelas, y así choznas de los nietos y bisnietos de los que eran hijos de las mamás en otro momento, muy complicado y repito con algo de amargura, porque nos daba noción de tiempo, de desarrollo que no podíamos frenar. Por eso al recordar esta silla Reina Ana que es necesario mandar a arreglar porque está desfondada, entonces, recordábamos, esta silla era de la casa de Veroes, pero no, esta silla la compramos mucho después, pero bueno, están locos, esta silla, ésta, es del juego de la antesala de mamá Isabel, pero qué cosas dices, si es muy anterior, la trajo tío Eulogio de un viaje a Inglaterra donde compró el juego completo y se lo dio de regalo a tu bisabuelo cuando se casó con Isabel. Estas discusiones no eran tan banales como parecen, porque al discutir los detalles del pasado del objeto también discutíamos su pertenencia y sucesión, quién se lo había regalado a quién, y así trazábamos su presente y, por consiguiente, su futuro que también era preocupante. Por ejemplo, la preocupación de este jarrón de la colección Pitt que fue de mi tía bisabuela Malena y que siempre había pertenecido a las mujeres de la familia, ahora podía tocarle a María Josefina, que era hija de la tía Elena, pero cómo dár-

selo, estando casada María Josefina con ese hombre que sería capaz de venderlo o cambiarlo por una lavadora, porque es un ignorante. Imagínate —decía mi abuela— que un día estábamos hablando de la colección de porcelanas que hay en un palacio, que no sé si es en Coimbra o en Lisboa, no me acuerdo ahora, no tiene importancia, pero yo le comento a María Josefina que es una de las colecciones más bellas que he visto y este hombre, esta bestia, porque no hay otra palabra, pregunta y cuánto cuestan, yo le contesto indignada que estoy hablando de un museo y entonces sabes qué me dijo, con su cara muy lavada me dijo, ah, señora entonces no me interesa. Un hombre que dime tú qué es lo que tiene que ofrecer, pero en fin eso sería lo de menos, si tú me lo preguntas, pero que te hace ese comentario, por eso te digo, no es posible dejarle a María Josefina el jarrón porque ese hombre lo vende por cuatro lochas. Y así infinitamente porque naturalmente que no queríamos desprendernos de nada ya que eso hubiera implicado seguirles la pista a otras familias, a otra gente que quién sabe qué uso haría del jarrón que además era como hacer uso de Malena, una mujer tan digna. Todo esto era muy recurrente, permanente, negando siempre aquello que dijo el griego, “nadie se baña dos veces en el mismo río”, porque nosotros teníamos años bañándonos en la misma bañera y secándonos con los mismos paños, mirándonos con los mismos ojos en los mismos espejos y poniéndonos la misma ropa que depositábamos en los mismos muebles donde estaban las mismas cosas y las mismas manos acariciándolos y limpiándoles el polvo y diciendo las mismas palabras que guardábamos en nuestras abuelas, para que pudieran transmitirnos por los siglos de los siglos aquello que siempre habíamos

dicho en otras ocasiones y así repetirlo a las generaciones venideras cuando las circunstancias se asemejaran y de esa manera no sólo los objetos o los muebles o las obras de arte conservaban el espíritu de los tiempos, sino que los manteníamos vivos en la palabra como los pueblos de tradición oral relatan sus gestas y desventuras y también las prácticas usuales de todos los días, para que venga a decirnos un griego que los tiempos cambian y los ríos se mueven.

Teníamos un círculo dibujado naturalmente por la disposición de los muebles, eso era lo tremendo de nuestra organización, cómo hasta el paisaje externo nos prefiguraba. Y cómo escapar si ya los muebles nos encerraban y cómo oponerse, si la moral y las buenas costumbres podían aprenderse en el dibujo de las poltronas y las mesas. A veces me tranquilizaba pensando que, al fin y al cabo, esos muebles los habíamos situado nosotros y nuestros órdenes se reflejaban en ellos pero otras pensaba que quizás el sentido era inverso, y aquellos muebles por siglos nos encadenaban, si no fuera porque el sofá azul quedaba alejado de la ventana, nuestros abuelos nunca se hubieran sentado en él, era como si el sofá los hubiera traído vaya a saber de dónde y habían dado en coincidir, así como las butacas de cuero contenían a mis padres en frente de ellos y la silla imitación Luis XVI a Margarita, y Pedro no estuviera con nosotros si no se sentara a horcajadas sobre la banqueta del piano. Yo por eso buscaba mi lugar para encontrar qué mueble me colocaba entre ellos, todo el conjunto de la sala azul era más que suficiente para conferirme un puesto en la vida, aun cuando no conseguía uno especial, por eso a veces deseaba hacer un largo

viaje para saber si estaba al final o en dónde. Isabel, y eso me llamaba la atención, tenía su lugar fijo, se sentaba en el suelo debajo de una ventana, ningún mueble la obligaba, sólo el ángulo de la esquina de la habitación. Y ya al tomar asiento, o mejor dicho al tomar un mueble posesión de nosotros, nuestras vidas eran parte de la distribución de los muebles y eran organizadas de acuerdo con mejores patrones, de modo que cómo distinguir la vida de los muebles de la Vida con mayúscula, cuando era necesario establecerse en ellos para vivir concertadamente, porque de lo contrario no corresponderíamos a ningún orden, seríamos meros habitantes solitarios, seres desraizados, sujetos errantes por la casa, apenas usuarios de la existencia, que a través de la disciplina de los muebles daba un método a nuestras vidas, nos cautivaba por así decirlo, incluyendo a Isabel porque no creo que se escapara por el hecho de sentarse en el suelo. Qué bueno que los muebles nos han dispuesto tan bien, los abuelos coincidieron juntos y así pueden hablar de sus cosas y de sus tiempos, hubiera sido tristísimo que queriéndose tanto no se encontraran en el mismo salón, qué magnífica casualidad que los hayan situado junto a sus hijos, así los pueden educar cómodamente. Y qué extraordinario que nosotros mismos ocupemos un espacio declarado junto a ellos, para así encontrarnos en el centro del amor filial, cuando podríamos estar alejados en cualquier parte, entregados a los peligros y azares que supondría no tener un lugar prefijado. Por eso yo buscaba mi mueble y su equilibrio con respecto a los otros, porque una vez encontrado aparecerían en él los misteriosos e invisibles hilos de la armonía sagrada. Pero no eran sólo los muebles, nuestra estructura era más complicada que eso. Estaban también los libros y la

música porque éramos muy cultos. Papá arreglaba la biblioteca todos los años, clasificaba los libros nuevos, se deshacía de algunos repetidos y revisaba el orden anterior para que estuviera preparado a recibir el futuro. Isabel entonces decía cuando para saber que estamos vivos numeramos los libros de la biblioteca, y hay una suave confusión entre la biografía de Picasso, Oscar Wilde y la Enciclopedia Británica, quisiera sencillamente ser ya un personaje mitificado y dejarme acomodado en los estantes de una biblioteca variada. Cuando la música se convierte en algo necesario para rellenar los silencios, cuando los objetos son demasiados, son tantos, son tan mis enemigos, quisiera destruirles su orden que dispone el mío, porque son poderosos, quietos y pasivos, mirándonos con sorpresa debatirnos, riéndose porque ya nos saben suyos, en una razón sin nosotros, de la que siempre acabo por salirme, y me acuerdo de mi maestra, la señorita María Antonia, regañándome por mi mala letra, y dentro del cuadriculado sólo encuentro las rayas horizontales y verticales y me golpeo contra ellas como vigas de acero, y me da mucho dolor pensar cómo las de ahora son las mismas que las de mi cuaderno de primaria, que tantas cosas han pasado para encontrarlas de nuevo, y oír la voz de la señorita María Antonia recriminándome mi desorden y mi mala letra. Porque qué sentido tiene la vida si es para atezarla y negarla, si es para obligarla a cuadricularse en un cuaderno que me parece suficientemente escrito en la primaria. Y es entonces cuando me viene la idea de brincar, de cerrar los ojos para no sentir una última ternura, pero ya es sabido que un animal en cautiverio no se acopla, pierde las fuerzas en las patas para saltar y permanece dando vueltas enroscándose sobre sí mismo. Entonces viene la señori-

ta María Antonia y nos dice: mamá me mima, amo a mamá, niña, ama tu zoológico.

Mamá no aprobaba que Isabel y yo estuviéramos mucho juntas. Quizás sabía que Isabel vivía infinitos mundos y que ninguno venía a corresponder al nuestro. La vida tenía para nosotros compartimentos definidos y ella parecía siempre abrir la puerta equivocada, entrar en otro espacio que alteraba incómodamente el aparente, del cual ella entresacaba restos como el señor Laing. A veces pienso que ella era la única que conocía de su existencia, aunque evidentemente eso es imposible, y que su cadáver está todavía sentado sobre el escritorio; y a la vez Laing también formaba parte de un orden, también merece su crónica, sólo que cómo sistematizarlo dentro del nuestro si nos era tan ajeno. Laing-Isabel ¿tenía un sentido?, ¿por qué Isabel entraba en su casa?, ¿por qué descubrir aquella entrada que le estaba naturalmente cerrada? Así fue siempre, un deseo de contravenir nuestras reglas, de vivir con nosotros fuera de nosotros o a pesar. La recuerdo aquella tarde llamándome a gritos, no podría precisar la edad pero éramos niñas todavía. La seguí por el jardín y salimos a la calle, corrimos varias cuadras hacia arriba, hasta la casa del señor Laing. Yo sabía que Isabel pasaba muchas horas allí al regreso del colegio pero nunca me hablaba de él ni de por qué lo visitaba, era un secreto que compartíamos y nunca la hubiera traicionado. La casa del señor Laing estaba muy desmejorada en comparación con las otras, los muros grises cubiertos por enredaderas de hiedra producían la impresión de constante humedad, las ventanas estrechas de madera ya habían perdido el barniz, era de dos plantas como las demás y en una esquina sobresalía un torreón inadecuado como el resto de un sueño in-

comprensible. El jardín estaba lleno de hojas caídas y encharcado, un perro gruñía despacio en la entrada, si lo veo ahora sé que era un mundo prohibido por desconocido y extraño al que Isabel se fugaba una vez más, y que el señor Laing era la fachada de una abertura falsa en una calle sin salida. Pero entonces no me hice ninguna de estas consideraciones y subí los escalones de la entrada con Isabel adelante que empujaba la puerta. Llegamos al segundo piso y me dijo ahora vas a ver. El torreón por dentro era una espaciosa habitación llena de libros por todas partes, había dos mesas grandes en el centro también cubiertas de libros desparramados, el piso de madera estaba tapado por varias alfombras superpuestas, raídas y desflecadas, recuerdo de muchos ires y venires, de movimientos que tuvieron su razón de ser pero ahora eran sólo lana trillada. La mayoría de los volúmenes del lado derecho eran obras de filología latina y griega, del lado izquierdo, textos jurídicos. Las otras paredes contenían libros esotéricos, textos sobre la Kabbala y los místicos judíos, el libro del Zohar, el espiritualismo Sufi y muchos títulos incomprensibles en idiomas irreconocibles. Nunca había visto tantos libros en ninguna biblioteca. Isabel frente a mí me observaba esperando que terminara de contemplar lo que para ella no era importante. El señor Laing, con la cabeza ladeada, sentado sobre su escritorio impecablemente vestido con corbata de pajarita y chaleco, sostenía torpemente con los dedos gruesos y deformes por la artritis la pluma sobre la última palabra que había escrito. Está muerto, dijo Isabel llanamente, lo toqué y está frío. Lo expresó como si la muerte fuera solamente una manera de estar. No llames a nadie. Tuvimos una pequeña discusión en la que yo argumentaba acerca de los deberes

básicos del ciudadano, pero Isabel tenía gran seguridad en sus decisiones. No llames a nadie, deja que otra persona lo vea. Salimos después de unos minutos, el perro nos volvió a gruñir en la entrada y sin ponernos de acuerdo tomamos una dirección distinta a la de la casa, caminando como lo hacen las niñas, siguiendo ritmos propios, ahora no se pisa raya, en las esquinas doble paso, tocar tres veces todas las rejas que sean verdes. ¿Qué escribía?, le pregunté. No sé, no hablábamos de eso.

Vivíamos en un lugar respetable y sereno, una zona tranquila de calles bien trazadas, árboles profusos, olor de naranja y mango, de las rejas caían trinitarias y entre los chaguaramos insignes cargadoras vigilaban niños bien vestidos. Con mi abuela fuimos muchas tardes a Chacao a comprar en el abasto de los italianos, en frente había un parque, ya para entonces bastante deteriorado, tenía unos toboganes doblados y unos columpios desvencijados y mucha tierra de tantas pisadas y bultos escolares por el suelo, arrojados con tantos cuadernos que empezaban una brillante primera página diciendo Caracas, cuna del Libertador. Yo miraba a sus dueños de la mano de mi abuela y escuchaba sus gritos mezclados con las voces altas de los vecinos. Era un barrio de niños blancos, con pantalones cortos y suéteres demasiado calientes para el clima, hijos de plomeros y mecánicos, de carpinteros y ebanistas, de costureras viudas, de dueños de ferreterías y papelerías, de gentes de oficio, como una isla transportada de la posguerra que había venido con sus niños huérfanos, sus viudas, sus ex soldados, sus estampas del Corazón de Jesús y Santa María Goretti y los retra-

tos de Pío XII presidiendo la sala-comedor, con sus fotos amarillentas de un paseo con los padres en la ciudad de origen, con su álbum de las primeras comuniones y bautizos a la salida de la iglesia, con sus cuadros pintados por algún amigo hacía mucho tiempo, con sus muebles daneses, sus cortinas de flores, su mantel plástico, y en el centro de la mesa un jarrón de Murano, con una gran foto del día de la boda sobre la televisión, con el costurero que todavía conservaba las tijeras antes usadas, guardado en la gaveta de la mesa de noche, con el olor de paella los domingos, con el ruido del radio mientras se hacen los espaguetis, se planchan las camisas y se zurcen las medias. Sin saber por qué me daba mucha nostalgia y me parecía también oír las sirenas de los barcos que se habían ido para siempre, como si fueran barcos de un solo viaje, como si nunca hubieran vuelto a sus puertos, y escuchar el silencio de las ciudades y los pueblos y familias vaciados, dejando atrás algo que parecía perdido en la historia, cuando no era así, cuando era sólo una escena desapareciendo tras el humo del barco y todo continuaba en otro orden. Me hubiera gustado jugar con ellos, los niños que arrojaban los bultos por el suelo y se llenaban de tierra en los trapecios chirriantes, pero mi abuela no hubiera querido, no por nada, le hubiera parecido que no era el momento de jugar porque habíamos ido al abastos a comprar unas frutas y el señor del abastos diría que cuánto había crecido y ella diría que sí sonriendo y me compraría un helado y unos ping-pong Savoy y yo estaría muy contenta porque nosotros no teníamos nada que ver con aquello, ni éramos niños de posguerra, ni tenía que meterme en lo que no me importa. Lo que importa es que venimos a comprar lo que hace falta, a buscar unos clavos en la ferretería

para la tela metálica de la conejera y a llevarle una silla del comedor al carpintero porque se ha descolado y cosas así, que ocurren todos los días.

También éramos católicos y los domingos íbamos a misa. Mis padres no tanto ya, sólo los niños, mi abuela y tía Luisa, la mamá de Isabel. Papá era muy ateo y perdía muchas horas tratando de contrarrestar las enseñanzas de las monjas, lo que sin duda era un sistema bien complicado, y yo hubiera querido preguntar por qué tenía que aprender unas creencias para después negarlas, pero supongo se debía a que para olvidar algo es necesario aprenderlo primero y el ciclo formaba parte de una lógica. De todos modos compartíamos muchas supercherías populares y creo yo que fuimos educados en un sano equilibrio entre la razón y la magia. Es decir, comprendíamos que el progreso sólo llegaría introduciendo y conservando los modelos racionales de la cultura occidental, encaminando nuestro pensamiento por las vías del discurso cartesiano, pero también, dentro del sistema de la duda, podría considerarse prudente el respeto por los augurios y no se nos hubiera ocurrido nunca pasarnos el salero de mano en mano, que como se sabe es pavorísimo, ni desde luego abrir un paraguas dentro de la casa. Con respecto a la sal utilizábamos un procedimiento sencillo como el siguiente: si el salero se encuentra demasiado lejos de quien lo necesitara, recurriré a pedirselo a quien se encuentre más próximo, el interpelado tomará el salero y lo depositará cerca de quien lo pidió, quien a su vez extenderá la mano y lo usará de acuerdo con su conveniencia, una vez hecho esto, de nuevo será retirado por quien lo acercó y colocado en el centro de la mesa. La condición por la cual la sal de mano en mano puede ocasionar mala suerte la igno-

ro, al igual que el problema de los paraguas, pero son cosas de siempre, y aun cuando uno no las conozca tienen su razón de ser. Mi abuela tenía muchísima fe en San José de la Montaña, en el Corazón de Jesús y en la Virgen del Carmen. Cuando existía alguna circunstancia adversa, no necesariamente trágica pero sí complicada, por ejemplo, que Pedro había soltado los conejos y el jardinero furioso los perseguía en el jardín, o que Margarita y yo habíamos tumbado la colección de porcelanas de mamá, ella gritaba enseguida: ¡San José de la Montaña nos ampare y el Corazón de Jesús y la Virgen del Carmen nos favorezcan! Muchas veces me escondí para escucharla hablar con sus muertos y sus santos en el cuarto de vestirse que llamamos después *closet*. En realidad podía decirse que era un pequeño altar o capilla privada, porque como el techo de las habitaciones era muy alto había colocado en una de las repisas una estatua del Corazón de Jesús, casi tamaño natural, a la derecha una de la Virgen del Carmen con varios escapularios guindados al cuello, y a la izquierda una de una santa cuyo nombre no recuerdo, de ojos azules elevados al cielo con unos puntos rojos en el corazón que significaban la sangre manada en el martirio. A los pies tenía unos corderitos y unos ángeles, la corona se le había caído y la pintura del manto dorado se había desconchado un poco en la mudanza, cuando nos vimos del centro. Mi abuela les preguntaba por qué pasaban las cosas que pasaban, por qué ella no se había muerto todavía, que cómo estaban sus padres, que si aún penaban en el purgatorio, que cuáles pecados habían cometido, también por sus abuelos y sus bisabuelos. Cuando prendía unas velas daba mucha impresión de vida, por el tamaño de las estatuas y la luz que temblaba, y parecía que el Corazón de Jesús

y la Virgen del Carmen le contestaban.

Existía también una piadosa costumbre a la que sobre todo tía Luisa era muy adicta y papá para burlarse llamaba el paseillo del niño. En efecto, se trataba de una procesión permanente, silenciosa y casi clandestina en la cual el Santo Niño Jesús de Praga era llevado de casa en casa y en cada una permanecía unos días, se le rezaba y ponían velas y luego se echaba la limosna en el cepillo que traía incorporado. Pedro decía: déjame ver cuánto tiene la alcancía del Niño Jesús y tía Luisa se ponía muy brava. Generalmente lo acomodaban en un cuartico que era de usos múltiples, podía ser trastero si era necesario pero también la habitación para que durmiera la cargadora cuando nos daba miedo de noche y mamá decía Benita, hoy vamos a salir, duerma usted arriba para acompañar a los niños. En general, su uso más frecuente fue el de cuarto de costura de mi abuela. El Niño nos venía tocando como dos veces al año y lo traía el chofer de alguna amiga de tía Luisa, que era quien lo subía hasta el cuarto porque era pesadísimo, después el chofer de mi abuela lo volvía a llevar a la casa de otra amiga, una vez cumplida su estadía, y así sucesivamente. Una vez al mes tía Luisa tenía reunión con las otras señoras de la cofradía y se hacía en la casa de quien entonces hospedara al Niño. La visita tenía lugar en el salón porque eran bastantes señoras y no cabían en el cuartico, rezaban el rosario, la oración del Niño Jesús de Praga y a la Virgen de Coromoto, que también le encantaba a mi tía, y luego unas advocaciones y jaculatorias pidiéndole a Dios la gracia de que el Dr. José Gregorio Hernández fuera canonizado y tuviéramos un santo venezolano. Después pasaban al cuarto donde estaba el Niño y le besaban los pies y echaban la limosna y volvían al come-

dor donde estaba ya preparada la merienda, lo pasaban bien, creo, no sé por qué papá se burlaba tanto y mi tía decía que le pedía al Niño para que tío Guillermo estuviera en el cielo, que era milagro porque había sido muy mal marido durante su corta vida.

Mi abuela siempre decía: la vida nunca trae la plenitud. Fijate mis hijas, educadas en el mismo ambiente, con los mismos padres, en los mismos sitios y qué destinos tan diferentes. Mercedes tuvo la suerte y Olga la belleza. Porque Mercedes encontró un hombre que la quiso, un excelente marido no tan fácil de encontrar hoy en día, que le ha dado una vida tranquila y sin contratiempos, ha tenido sus hijos, se ha realizado, como dicen ahora, y en cambio Olga siempre con una vida tan azarosa, tan inestable. Aunque esa exaltación de papá correspondía a la necesidad de establecer la comparación beneficiosa según la cual mamá había resultado con tanto éxito, porque otras veces soltaba esas puntas desagradables, dejando caer frases como: qué importante es tener una renta sólida, no de grandes millonarios ni de gente fastuosa que pretende vivir como si fueran de *Las mil y una noches*, pero qué útil ha sido que nosotros hayamos podido conservar algunas rentas modestas pero estables porque si no, en momentos cuando la gente se vuelve loca con el dinero y pretende levantar fortunas de la noche a la mañana, son muchos los que se han arruinado. Todo esto venía a cuento porque papá había en una época intentado un negocio de construcciones con el tío Alfredo y las cosas habían salido muy mal, sí, en esos momentos es cuando se aprecia el haber sabido conservar una fortuna modesta y sin pre-

tensiones, y había que aguantárselo porque papá sabía muy bien que tenía razón, pero en cambio Olga, seguía, fue de una belleza única, no hubo hombre que no se fijara en ella, ni baile en donde no fuera la primera en llenar el carnet, ni cumpleaños cuando la casa no amaneciera llena de ramos de flores, ni vestido que no le quedara como si lo hubieran pensado para ella, no hubo otra Olga en toda Caracas y hasta en Europa llamaba muchísimo la atención. Me acuerdo muy bien cuando en la Costa Azul un noble italiano se enamoró de ella y no se casaron porque su padre se negó y con mucha razón, no hubiera sido un matrimonio conveniente, pero lo cito como ejemplo de que era excepcional. Y verdaderamente la belleza de tía Olga era redundante, inundante, circunvolvente. Olga tenía una cierta manera de entrar en la habitación, de voltearse, una extensión de la mano cuando hablaba, cuando se acercaba a tocar algo. Olga se sentaba en la luz de una ventana y era de inmediato una escena, era una luz amarilla como de Saura, era un recuadro de pronto enfocado por la cámara sobre la cara y el resto oscureciendo, mientras su imagen quedaba estática, recordada como una foto espléndida, rebosada de ella y cualquiera era de inmediato espectador de la sombra de su pelo oscuro, y sentía el temor que infundía tanto el verla así. Olga se sentaba y la belleza le brincaba al cuello como un animal orgulloso que desde allí miraba y era mirado, era terrible ser mirado por su belleza y cómo la habitaba y se deslizaba por el pelo moviéndose de acuerdo con el ángulo del rostro que quería ser visto. La belleza en ella sólo hacía los movimientos necesarios, los gestos precisos. Se sacrificaba para así ser habitada por ella y dejaba de ser Olga para ser la pura perfección de un cuerpo que todos pudieran ver y admirar.

Siempre, cuando la recuerdo, la veo inclinarse sobre la ventana y profundamente deseo ser tía Olga, deseo ser alguien que sea la belleza. Podría pensarse que una mujer tan bonita sería algo tonta, siempre se moraliza envidiosamente sobre la oquedad de las mujeres hermosas, que sufren un triste destino por su vanidad, pero si tía Olga no tuvo suerte, y yo no soy quien para juzgarlo porque es muy difícil opinar sobre temas como la suerte o la felicidad, pero, en todo caso, si no la tuvo, quizás fue porque la belleza no quiso compartirla con otras formas de destino y el destino de tía Olga era ser bella siempre y recostarse en su diván mientras pensaba en las *Histoires d' amour*. Quizás no quiso nunca poner a prueba algo tan delicado como el amor y prefirió conservarlo intacto, guardado entre sus cartas azules con la cinta malva que a lo mejor contenían el secreto de su vida. Olga quiso ser *prima ballerina assoluta*. El error vino de mi abuela por haberle puesto un nombre ruso y no Teresa como era la primera intención, pero coincidió el embarazo con la lectura de una novela rusa en la cual la protagonista se llamaba Olga Fedorovna. Mi abuela, su hermana y sus amigas, todas, habían aprendido ballet cuando niñas porque afina la cintura y da gracia a los movimientos, con Madame Mitzou, una señora viuda francesa de muy buena familia venida a menos, y por alguna razón que ignoro había llegado hasta aquí y se ganaba la vida dando clases de ballet a las niñas de la sociedad. De Madame Mitzou habían quedado para Olga los nombres célebres que todo el mundo conoce, la pirueta que dejaba caer a Nijinsky, la Pavlova, Diaghilev, y Olga veía claramente un teatro decorado con terciopelo rojo y lámparas de cristal y polvo en los balconcillos y cómo a la salida nevaba y un príncipe le llevaba unas rosas rojas al camerino

y ella, con las ojeras negras del maquillaje, saludaba mientras los aplausos retumbaban y la bailarina se plegaba sobre sí misma y le temblaban los brazos delgadísimo y una lágrima, y piensa en el príncipe y en Giselle, todo junto, y se oyen los *bravissimo* y Madame Mitzou también tiembla al contarlo y todos tenemos la impresión total de estar en el teatro, mientras la bailarina se vuelve a plegar encerrando en su vientre los aplausos. Y Olga se excita oyendo todo esto y escucha el ruido silencioso de las botas enterrándose en la nieve, mientras Madame Mitzou aterriza nuevamente donde estamos y secándose el sudor dice: niñas, niñas, a la barra; pero ya es muy tarde para volver porque Olga sólo tiene una meta, un mito, Olga quiere ser Tamara Karsevina y aunque el sol castiga la tarde ella desde la ventana no oye otra cosa que sus pies de *ballerina* dejando huellas imperecederas en la nieve, mientras sale del brazo del príncipe, y así inicia una *fouetté* que espolvorea la nieve sobre el salón de baile de Madame Mitzou. A mí el ballet nunca me interesó tanto y por eso no podía comprender cómo la pasión de tía Olga llegó tan lejos pero parece que una tarde estaban mis abuelos sentados en el corredor y hacían planes para cuando terminaran de temperar, Olga dijo yo este año quisiera ir a París porque me gustaría ser bailarina de ballet. Lo dijo todo seguido para evitar que el temblor le ahogara las palabras en el medio de la frase y se hizo un silencio opaco y mi abuelo siguió comentando el periódico y sobre la importancia de llamar al doctor Juvencio, nuestro médico de cabecera, porque tenía el estreñimiento peor que nunca, y mi abuela asintió que así lo haría inmediatamente que llegaran a Caracas y de nuevo Olga murmuró ballet-París-yo porque lo entrecortado de la respiración impedía escuchar las fra-

ses completas. Entonces mi abuelo preguntó que cuánto había costado el burro que le habían comprado a Gustavo para que pasara y mi abuela dijo que no se acordaba pero que había salido muy barato y que Gustavo estaba encantado porque todos sus primos ya tenían burro y él era el único que no. Entonces Olga volvió por tercera vez y dijo quiero-París-ballet y en ese momento mi abuelo se levantó de la butaca de mimbre y le dijo a mi abuela voy a ver si la perra parió ya porque pienso regalarle unos cachorros a Eduardo si salen de buena raza. Y Olga no volvió a insistir. Me contaba que cuando ella se fue oyó a mi abuelo preguntarle a mi abuela ¿esa tontería de la niña de que quiere ser bailarina de dónde viene?, y mi abuela contestó que no sabía pero sí sabía. Y mi abuelo sabía que sí sabía pero se hizo el que no sabía y le dijo te darás cuenta que no quiero volver a escuchar esas zoquetadas, a su edad ya debería estar pensando en otra cosa, y mi abuela dijo que sí, que no se preocupara porque ella sabía muy bien lo que había que hacer con las zoquetadas y al día siguiente Madame Mitzou recibió la noticia de que Olga no volvería a las clases, aunque sí se fue a París, pero ésa es otra historia que contaré más adelante y desde luego fue por razones muy diferentes a sus aspiraciones artísticas, pero como *ballerina* esa noche Olga escuchó su último aplauso y supo que desde ahora caería en los brazos agarrotados de un príncipe y moriría helada en su destino o que otra Olga seguiría bailando para siempre.

Tuvimos una artista en la familia y el fracaso de tía Olga nos recordaba mucho a tía Graciela a quien yo no conocí pero me la imaginaba, como tantas otras cosas que nos lle-

gan componiendo imágenes mezcladas de premoniciones y recuerdos, buscando encontrarles un sentido que quizás tuvieron. ¿De dónde me venía que tía Graciela se hubiera enamorado del profesor Gerard?, de la suposición casi obvia por la cual una joven romántica tendría inevitablemente que enamorarse de su profesor de pintura y esconder una pasión inconfesable en una pretendida y falsa inclinación por el arte que durante siglos exaltaríamos y hasta pretenderíamos hacer de ella un gen transmisible, aunque tía Graciela murió soltera y no tuvo hijos pero aun así, cuando algún descendiente dibujara un caballo con aspecto de caballo no sería en absoluto inaudito sino por el contrario esperable, y dentro de la discusión acerca de si las cualidades artísticas se heredan o no, para finalmente concluir que es poco lo que se sabe, pero el futuro pintor no nos sorprendería en lo más mínimo existiendo una pintora pasada y eso era lo importante. Evitar todo salto cualitativo, todo movimiento del azar que pudiera impresionarnos. Así las comparaciones y semejanzas, las similitudes y asociaciones nos servían para pensar que todo al fin y al cabo era lo mismo, no habiendo nada nuevo bajo el sol, y las circunstancias cambiantes eran sólo el reflejo del paso de los días pero de ninguna manera obedecían a movimientos sustanciales, no sucediéndose sino deslizamientos sutiles e inaudibles como las zapatillas de ballet de tía Olga girando en la soledad de su habitación.

Un cuadro de tu tía Graciela, pero niiiña, cómo se te ocurre quitarlo, se oía la voz de tía Luisa hablándole a Isabel que se estaba poniendo muy pedante y opinaba que aquellas flores no eran arte. Además qué tiene que ver si es arte o no es arte, y por qué no va a ser arte. Tu tía tenía muchísi-

ma facilidad para la pintura, siempre lo dijo el profesor Gerard, aunque tú no te lo creas y estés ahora imbuida de conceptos plásticos muy extraños y te parezcan artistas gente que ni siquiera sabe dibujar, el dibujo de tía Graciela es un ejemplo de perfección. No tienes más que ver cómo sus flores parecerían acabadas de cortar, cómo todavía la frescura de las rosas permanece en una gota de rocío, observa los colores cómo son exactamente los mismos de las flores, contempla su disposición, cómo se entrecruzan y caen los tallos dentro del jarrón, de la misma manera en que lo harían si estuvieran realmente situadas en una mesita y la luz de la mañana las iluminara como solamente ella sería capaz de arreglarlas. Y así mismo lo decía el profesor. *Mademoiselle Graciele*, usted ha dado clases de pintura muchos años, tiene una técnica maestra, consigue llevar el figurativismo a su máxima expresión, nadie podría representar una rosa como usted la dibuja, *Mademoiselle Graciele*, no sé entonces por qué a pesar de su técnica lo que usted pinta no es pintura, son sólo flores. Pues sí, aunque tú lo dudes y te sonrías con ese aire escéptico que te queda tan mal y es tan antipático, Graciela aprendió pintura con los mejores profesores de París y todos coincidían en alabar su talento y de no haber muerto tan joven quién sabe si hubiera llegado a ser tan importante como Marie Laurencin, quién sabe. Quién sabe qué le pasa a usted *Mademoiselle Graciele*, con todas las reglas que yo le he enseñado, con toda la dedicación con que me he esmerado en hacer de usted una artista notable y transmitirle todo aquello que yo a mi vez aprendí de mis maestros, no sé por qué cuando usted mezcla los colores, al plasmarlos sobre la tela con toda la pericia ya adquirida, no entiendo por qué sólo aparecen las flores. Tu tía Graciela murió tan joven que

no tuvo tiempo de casi nada, ten en cuenta que la tuberculosis hacía estragos en aquella época, una enfermedad muy desagradable y que causa muy mala impresión pero en todas las familias alguien era tísico, no se trataba de ninguna rareza ni de ninguna tara que hubiera entre nosotros. Una mujer de tanta sensibilidad hubiera podido llegar a ser mencionada en el *Diccionario de Mujeres Célebres*. Sí, aunque te rías, no tienes más que ver el cuadro dedicado a tu abuelo Ernesto, su hermano más querido: “a Ernesto con el afecto especial de Graciela” y fijate en el detalle, porque con toda seguridad no te habrás fijado, cómo la *a* de Graciela sale del rabito del tallo de la flor. Clemencia, esta niña pretendía quitar el cuadro de Graciela de mi saloncito, naturalmente que no se lo permití, imagínate el argumento que y que no es arte, cuando el profesor francés siempre decía.

De lo dicho por el profesor francés me lo imagino, de lo que hubiera sucedido de haber Graciela sobrevivido, no lo sé, tantas alternativas, una quizás regresar después de muchos años y quedarse pintando por las tardes viendo la falda del Ávila y plasmando platanales y araguaneyes, todo un paisaje para sentirse muy caraqueña en vez de pintar castaños y álamos, en vez de querer dibujar casitas puntiagudas a la orilla de fríos acantilados grises, y quedándole la nostalgia del profesor de París y unos paseos por el Bois, atenta a las miradas de los paseantes, hombres que quizás desnudan tu cuerpo, enflaquecido y sudoroso por esa fiebre que no se te termina de desaparecer y *M. le professeur* Le Coq recomienda un cambio de aires y una alimentación sana al borde del mar y caminatas tranquilas después de la siesta, y sentarte frente al mar que quisieras dejar en la tela cuando en realidad es la vida quien te está dejando, quien no quiere

más estar en tu talle fino, cada día más desdibujado, quien no quiere dejar entrar el aire en tus pulmones destrozados por el neumotórax y te hace contraerte en cada acceso de tos, mientras tú voluntariosamente te cubres con un chal y sigues buscando una luz gris que va tomando tus ojos y te persigue cuando te miras en el espejo y quieres saber si aún algo de la belleza que quizás tuviste permanece y el espejo puede plasmarla y devolvértela, y aun así aspiras al profesor francés pero quizás sin los pinceles, sin tanto *Mademoiselle Graciele* que te hace sufrir mientras envidias todos los días esa naturaleza viva del profesor, que posa en desnudo, y siempre a medio hacer contemplas en su estudio, y así es como quisieras posar tú y enseñar las tetas como ella, sin tapártelas pudorosamente con el chal. Por eso no quiero morirme aquí en París, aunque sea tan romántico, quiero volver aun sin el profesor, pero sobre todo quisiera irme contigo *Maitre Gerard*, gerardísimo profesor de mi alma y quedarme contigo en una buhardilla donde supongo vives, pero vivita y coleando, y no quiero volver a sentarme en el patio por las tardes a pintar el Ávila ni dejar unas flores también muertas para que algún día una sobrina desconsiderada quiera reemplazarlas sin apreciar mis esfuerzos. No aprecias, Gerard, la mejoría de mi técnica desde que empezamos, no crees que he llegado a una depuración en la que me besas mirándome y te paseas entre mis pezones y luego encontrarte con los ojos cerrados y mientras alcanzo el goce he llegado a saber cómo hablarte al mismo tiempo, cómo en el mismo instante puedo reírme y decirte cómo te amo más que a nadie en el mundo y pedirte que contemples así el mejor cuadro que puedo ofrecer, y ese minuto inasible cuando dentro de mí te voy gozando y logro dejarme ir en ese

momento en que me desempeñé con la máxima perfección de la técnica y logro detener así el placer para que ambos podamos fruir de nuestro goce y repetirlo mil veces en todas las posturas, puedo ahora dibujar el placer, y crees tú que me voy a conformar con volver para quedarme siempre pintando las mismas flores.

Tantas veces como había sostenido diálogos imaginarios con Graciela sentada en el jardín y le había pedido, tía Graciela, enséñame a pintar como tú pintas. Porque me daba mucha lástima que Graciela sin estímulo dejase la pintura y nos privase de tener una artista en la familia, por eso en las tardes melancólicas la animaba a seguir pintando y a depurar su técnica, ya tan refinada por el profesor Gerard y también le preguntaba por él, cómo era, cómo le enseñaba. Un artista, me decía, un artista en todo el sentido de la palabra. Me enseñó a disfrutar los colores, a encontrar los matices distintos de un mismo cuerpo repetido mil veces, a buscar las distintas posiciones en que los mismos objetos pueden obtener composiciones diferentes aun siendo los mismos. Pero entonces estalló esa guerra tan cruel, la primera gran guerra, y él se alistó para servir a la patria, era un hombre de ideales porque quizás a su edad no hubiera tenido que ir al frente y no supimos más de él, hubo tantos y tantos desaparecidos. ¿Y nunca volvió, tía? Nunca, solamente cuando me siento aquí a pintar, aunque ya no tengo el mismo pulso, pero cuando me dispongo a pintar, oigo todavía la voz de Gerard diciéndome muy bien *Mademoiselle Graciele*, cada día mejora más su técnica, debemos ir pensando en una exposición. Expuestos como estamos a sobrevivir del recuerdo, a encontrarlo cada día en el futuro, así para mí la pintura es siempre mi tía Graciela coloreando en el jardín las flores

que Isabel tuvo la audacia de querer botar, y yo también pienso qué importa si es arte o no lo es, cuando ella tenía muchísima facilidad para la pintura como el profesor siempre decía.



De historias de amor a mí la que más me gustaba era la de mi tía bisabuela Malena, primero porque su nombre me llamaba la atención y no era como el de las otras que siempre se llamaban Cecílias o LuisasElenas o Mariálsabeles sino un nombre resonando a madreSelva, maleva, malanga, milonga y me recordaba aquello de *Malena canta el tango como ninguna y en cada verso pone su corazón, a yuyo del suburbio su voz perfuma, Malena tiene pena de bandoneón* y le pedía a mi abuela que me contara la historia de mi tía Milonga y ella se enternecía mucho porque pensaba que yo no me acordaba del nombre. Entonces me decía pues ese diván que ves ahí era precisamente de tu tía Malena que era hermana de Rafael Antonio, tu bisabuelo, y en ese diván pasó acostada diez años de su vida. Así fue, diez años sin moverse para nada, la única que se le acercaba era una sirvienta que antes había sido esclava de su abuelo y le traía la comida y la bañaba y la peinaba porque ella no quería ni arreglarse ni bajarse del diván. Su historia es muy triste pero también muy interesante, alguien debería escribirla. Ella estaba enamorada de un caballero cubano de la nobleza, te estoy hablando de mediados del siglo pasado, ten en cuenta, era dueño de muchísimas plantaciones de caña y vivían en un esplendor como nosotros no hubiéramos pensado nunca en hacerlo aquí. Imagínate que su padre se hacía servir la mesa como si fuera Luis XVI, vestía a los esclavos con pelucas y libreas, y mien-

tras le servían la comida escuchaba música de cámara porque era muy aficionado y se había hecho traer un trío de músicos de Europa sólo para que tocaran mientras él cenaba. Pues el caballero de Malena también era muy aficionado a la música y lo que más le gustaba era la ópera, seguía a las compañías por La Habana y San Pedro de Macorís y Caracas, decían también que estaba enamorado de una *primadonna*, pero lo cierto del caso fue que cuando conoció a Malena se enamoró de ella mucho más que de nadie, al verla entrar en el palco presidencial del brazo de su padre. Tú sabes que mi abuelo Rafael Ernesto era muy amigo de Guzmán y aquélla era una noche memorable porque se inauguraba en Caracas el Teatro Guzmán Blanco, era nada menos que el 4 de enero de 1881 y la compañía italiana contratada para la ocasión interpretaba *El Trovador*. A ti ahora el Teatro Municipal te parecerá cualquier cosa, pero en aquel momento era el escenario más fastuoso que uno se podía imaginar. Piensa que la lámpara central tenía ciento sesenta luces y en los palcos se instalaron girándulas de tres luces y sin duda la novedad más importante de todo fue la colocación de las campanillas eléctricas cuyo sonido indicaría a los espectadores la hora de descorrer el telón. Fíjate que hasta ese momento no habíamos tenido otro teatro que el Caracas, pero no se representaban óperas sino comedias y zarzuelas y éste iba a reemplazar al que había sido el primero, el Teatro de la Comedia, donde sí se estrenó la primera ópera que vimos y como sabes quedó destruido en el terremoto. Así que la noche en que se abrió para el público el Guzmán Blanco era quizás el acontecimiento cultural más significativo del siglo, y fue también el acontecimiento más importante de la vida de Malena, porque en el palco del Presidente conoció al

caballero y al día siguiente le envió dos coches de caballos todos llenos de flores y detrás venía él en otro coche y le pidió a Rafael Ernesto la mano de Malena. Pero su padre se negó porque si se casaba con él se iría a vivir a Cuba y era su única hija hembra y no quería separarse de ella. En esa época las hijas obedecían a los padres como tú no te haces una idea y Malena dijo que mientras su papá viviera nunca podría casarse con el caballero y entonces fue cuando se acostó en el diván y así pasó diez años, negándose a la vida pero también cumpliendo voto de fidelidad porque la traición es el último peldaño de una mujer, y aunque sólo tenía trece años ya eso era una edad de mujer. Cuando se levantó tenía veintitrés y lo hizo para asistir al entierro de su padre, muerto a consecuencia de una infección por el mordisco de un caballo, entonces Malena le escribió al caballero y le dijo que ahora sí se podría casar con él, pero así son las cosas, uno nunca sabrá si fue por castigo de haber desobedecido a su padre, pero Malena fue desgraciadísima, porque el caballero vino a buscarla y se la llevó a Cuba, allí se casaron pero todo se convirtió en tragedia, como en las óperas. Tuvo tres hijos y los tres se murieron de una enfermedad que quién iba a saber en aquella época de qué se trataba, el caballero murió también de fiebre amarilla, precisamente un año antes de la independencia de Cuba. Así que Malena se embarcó otra vez y volvió, porque cómo iba a hacer ella su vida sola en un país extraño, y la misma noche que llegó tuvo una locura rarísima, se vistió con su vestido de novia y se acostó otra vez en el diván.

A mí me gustaba imaginarme que así no habían sido las cosas y que cuando a Malena le contradijeron sus amores hizo lo mismo que nuestra prima María Josefina: se fue a

París y se soltó el moño y fue la amante de artistas muy célebres y de un conde ruso y tenía fama de ser una de las mujeres más bellas, tanto como la Marie Duplessis y eso que era París. Seguramente allí se encontró con mi tía Graciela, que era también prima suya pero por otra rama, y parece que las dos hacían furor. Aquí todo el mundo comentaba que Malena estaba enferma y el médico le había recomendado que se fuera a Europa a tratarse con un famoso profesor francés llamado Charcot, que curaba todo hasta el mal de amores, se llegó a decir que había ido a Viena para probar con un método nuevo descubierto por un neurólogo nacido en Pribor. Parece que Malena mezclaba médicos y condes y artistas en un recorrido culturizante y erotizante y de lo único que hablaba era de hacer el amor, que ya se sabe no es de buen tono y al cumplir los treinta años era de una belleza impresionante. “Por mi piel morena, por mis ojos negros, por mi sexo ardiente”, escribía unos versos malísimos tratando de copiarse de Becquer, porque se identificaba mucho con aquello de *Yo soy ardiente, yo soy morena, yo soy el símbolo de la pasión*. Pero el inconveniente mayor era que Malena estaba bastante arruinada para el tren de vida que pretendía llevar, París en el invierno, viajar a Italia en la primavera, a Normandía en el verano. Las rentas que le enviaban no le alcanzaban porque aunque el padre de Malena había sido muy rico también había perdido casi toda su fortuna en las guerras federales, así que Malena recibía cada vez menos y el administrador se las arreglaba para que fuese menos todavía, podría decirse que estaba casi en la ruina y ella no se adaptaba bien a eso. Una mujer tan emprendedora como ella no quería aceptar su situación y antes de regresar a vivir de la caridad de parientes ricos, hizo una

lista de los condes y artistas y también de algunos americanos millonarios que viajaban a París y junto con Graciela montó un apartamento a todo lujo para recibir a los caballeros de cinco a siete. Les servían té y unas pastas finísimas y una champaña de la mejor y era como un salón de los que tenían las marquesas y condesas para recibir a intelectuales, poetas y músicos y hablar de cultura y cosas así. Todo como sale en las películas, llega el general alemán al hotel, un soldado le abre la puerta, choca los talones y enseguida entra el general con el pelo muy planchado, su aspecto rudo y cruel contrasta con la suavidad y delicadeza del salón donde ella lo recibe, decorado con sofás tapizados en seda de colores tenues y cortinas vaporosas, y entonces él también se dulcifica en el abrazo de la heroína y le rodea la cintura, mientras ella se deja caer lentamente recostándose en él y se sirven una champaña antes de hacer el amor. Creo que se lo vi a Marlene Dietrich.

El tercer divorcio de nuestra prima María Josefina, hija de tía Elena, la hermana menor de mi abuela, nos cayó muy mal. Opinábamos que el divorcio era uno de los males necesarios de la sociedad, que ya se estaba poniendo imposible de tantos males como había en ella, pero naturalmente lo aceptábamos porque sin duda había maridos que salían muy malos, y así decía mamá qué bueno resultó el marido de fulanita o qué horror de marido le cayó a menganita; así que los maridos eran como las frutas que salen hermosas o están verdes o las naranjas que a veces traen poco jugo o los carros cuando a veces vienen con defectos y no hay manera de arreglarlos o como una representación de teatro, si los

actores trabajan bien, o una foto que quedó movida. Había mucho azar en estas cosas, es lo que quería decirse, porque el matrimonio es una lotería. En el caso de María Josefina habíamos todos convenido en que el primero y el segundo le habían salido malos, pero cuando se divorció por tercera vez para así casarse por la cuarta ya el asunto cambiaba, no podíamos seguir diciendo que los hombres salían malos sino que habría que ver cómo había salido ella y qué clase de mujer era que se la pasaba repasando hombres, y ya iba por el cuarto. Yo creo que iba por muchos más, pero se referían a los oficiales, a los que nos presentaba y después se casaba con ellos. Así que mi abuela decía: María Josefina está muy equivocada si cree que me va a estar trayendo hombres a cada rato, por Elena le he conocido varios pero me parece que éste va a ser el último, porque ya esto es francamente ridículo, no te parece, Mercedes, completamente ridículo. María Josefina vino con el candidato a cuarto marido que se puso una corbata rarísima para la ocasión, con unas palmeras verdes o algo así y decía no joda todo el tiempo y a Margarita eso le molestaba mucho y abandonó la sobremesa pretextando que tenía mucho quehacer porque el servicio salía esa tarde, y aunque mamá la miró con la mirada de no es necesario que hagas esa grosería, Margarita, de todas maneras, se fue porque ya estaba en una edad en que no tenía que obedecer a mamá en todo. El tipo decía que trabajaba en el teatro pero nos parecía extraño porque ya conocíamos el estilo intelectual que había sido el del segundo y no era nada lo mismo. El otro llevaba unos lentes redondos tipo Trotsky y el pelo largo hacia atrás porque por delante estaba un poco calvo, usaba bluyines de pana un poco gastados y chaqueta de cuero que resultaba un poco calien-

te pero que le quedaba muy bien y botas de Hush Puppies muy cómodas y tenía el carro muy sucio lleno de discos de música barroca y libros de Bachelard y no decía algo tan vulgar como no joda sino frases como, en definitiva uno vive alienado, o encuentro bien válido tu planteamiento, o qué bella esta casa tan decadente, cosas así que mi abuela pasaba mejor, pero había durado poco y todos lo lamentábamos, porque aun cuando no era el estilo que más nos gustaba, por lo menos se veía una persona educada y culta, y apreciaba el gesto de mi abuelo cuando sacó una botella de Gevrey-Chambertin Clos-De-Beze para festejar el compromiso, y mi abuela le enseñó unos cuadros de familia y sabía quién era Vicente Gil, un pintor que casi nadie conoce. Pero este último nos parecía que si trabajaba en el teatro sería de tramoyista o de los que manejan las luces que no nos acordábamos de cómo se llaman, porque no tenía aspecto de dramaturgo ni siquiera de actor, pero parecía que sí, que María Josefina lo había conocido en el Ateneo, en el cafetín para ser más exactos, pero como ni Margarita ni yo íbamos nunca al cafetín del Ateneo no podíamos asegurarlo. Nos preocupaba además que María Josefina cada vez que se casaba tenía un par de hijos y eso era lo peor, porque como decía mamá si no tuviera hijos uno podría olvidarse de los personajes, pero así, con hijos, imposible. Quedaban esos sobrinos marcados con el apellido y como constancia de lo hecho. Mi abuela entonces tenía que estar excusándose con sus compañeras de bridge y diciendo cosas originales como la juventud de ahora ya no es la misma, Cecilia, las mujeres ahora no quieren sacrificarse y no le dan importancia al hogar y sobre todo, Cecilia, que ellas creen que uno se casa para que le vaya bien, que el matrimonio es para que

uno sea feliz, no entienden que el matrimonio es algo para toda la vida y que, si sale bien o no, ya la felicidad es otra cosa, pero tú sabes, las mujeres modernas quieren realizarse y estudiar y trabajar y ser como los hombres y lo que yo siempre he dicho cómo va a ser bueno que vayan a la universidad, será útil porque si necesitan trabajar tendrán un título, pero teniendo de qué vivir, qué necesidad tienen de estar en ese ambiente, que lo único que hay es comunistas y gente que serán universitarios pero sin ninguna educación, pero tú sabes, Cecilia, ahora la vida es así. No te quiero decir que todas las muchachas que han ido a la universidad han salido malas, no, cómo no, las hay que han resultado excelentes esposas y dedicadísimas a sus hijos, pero las cosas no tienen para todo el mundo la misma influencia. Yo he visto que todas las que se ponen a estudiar terminan divorciándose, y María Josefina, tú sabes, Elena ha sufrido tanto con ella, no es que sea una mala muchacha pero muy influenciable, es muy influenciable, y después que se casó tan bien y todo, haberse puesto a estudiar no le hizo ningún bien, yo se lo dije bastante a Elena, pero ésa es la otra cosa, tú ves, que ya los padres no tienen sobre los hijos la autoridad que tenían antes. La visita del tipo de la corbata con palmeras duró poco porque la frialdad del trato que le dispensamos la hizo muy incómoda y yo creo que María Josefina se dio cuenta muy bien de que aquél sería el último marido que le conoceríamos. Mi abuela no se le dirigía para nada durante la conversación, mientras que él trataba todo el tiempo de intervenir y fue cuando sucedió lo de la colección de porcelanas de Lisboa o de Coimbra, que ya conté, aunque no me explico cómo salió ese tema pero creo que fue mi abuela que lo hizo a propósito para incomodarlo, y lo lla-

maba de usted y el tipo le decía mi doña, que siempre ha crispado a mi abuela porque dice que es una expresión muy medio palo, así que el diálogo se hacía más bien difícil y llegó un momento crítico en que María Josefina quería sugerir que se casaban el sábado siguiente y pretendía darnos la dirección de la fiesta, cuando mi abuela dijo qué horror la sequía de este año, no he podido regar los helechos. Era una forma muy dura que teníamos de ser.

La verdad es que no nos explicábamos cómo habían sucedido las cosas porque en realidad María Josefina se educó en el San José de Tarbes como todas las primas de su generación y en ningún momento dio muestras de ser más inteligente o distinta que las otras. No terminó el bachillerato completo porque cuando cumplió quince años y tuvo una fiesta la abrumaban los compromisos sociales que tenía que atender y le estaba dando mucha flojera estudiar, además no pensaba ir a la universidad y no valía la pena obligarse a terminar la educación secundaria que en efecto dice cosas muy secundarias, cuando existían tantísimos programas divertidísimos que hacer, todos los viernes había un picoteo, los sábados se iba a Laguna Beach y cuando no era diciembre con todas las fiestas que se hacían, era Carnaval y había muchísimos bailes de disfraces o era Semana Santa y se iba a la playa, o era agosto y regresaban todos los muchachos que estaban estudiando en Boston y en New Jersey y había más paseos que nunca y la piscina del Country estaba animadísima, así que el año se iba rapidísimo y su decisión de dejar el colegio fue perfectamente comprendida por sus padres y les pareció mucho más sana y normal que la de otra prima de nosotros que quería estudiar ingeniería, una carrera tan poco femenina. María Josefina en esa época era muy

religiosa y todavía se confesaba con el cura del colegio y le contaba todo lo que hacía y lo que pensaba, menos algunas actividades llevadas a cabo en unión de Roberto que era el primo del novio de su hermana mayor. Esas actividades no las contaba porque formaban parte de su ingreso a la sociedad y le parecía que era una frivolidad ponerse a contarle al Padre sus actividades sociales, que eran más bien algo para comentarlo con sus amigas y no estar haciendo que el Padre perdiera el tiempo escuchando tonterías, así que le confesaba que había tenido envidia de su hermana porque le habían comprado un Chrysler último modelo y a ella no, porque no tenía el título para manejar, o que se había puesto muy brava con su mamá y se había encerrado en su cuarto, pecados que le parecían mucho más graves porque el orgullo y la envidia son pecados capitales y lo que ella hacía con Roberto todavía no podía llamarse lujuria, así que el Padre le perdonaba enseguida y le mandaba a rezar tres Avemarías y un Bendita sea tu pureza, por si acaso. Por el contrario, a sus padres sí les contaba que Roberto la había llamado, que la había invitado a un paseo a la Colonia Tovar, que irían varias parejas con la mamá de Roberto, que iban a vespertina al Radio City con la hermana mayor de Roberto porque pasaban *Vacaciones en Roma* de Audrey Hepburn y Gregory Peck y no se la quería perder, que el domingo se reunían en casa de Roberto después del almuerzo a escuchar discos, que tenían todos los de Paul Anka y estaban ensayando los pasos. Sus padres lo entendían muy bien y todo llevaba a pensar que en unos dos o tres años se casaban y les parecía muy bien, como también al Padre del San José de Tarbes, y hasta podrían celebrar el matrimonio en la capilla del colegio, si las monjas estaban de acuerdo. Pero

algo vino a truncar este bello destino, como diría la comedia Palmolive, una sombra fatal se interpuso en los ojos de María Josefina, y la sombra fatal fue un tipo a quien llamaban Rojitas que nadie nunca entendió por qué María Josefina había llegado a conocer, ni dónde, ni cómo, salvo que se lo presentara alguna compañera del colegio y que el San José de Tarbes no fuera lo que había sido, pero lo cierto del caso es que su conocimiento de Rojas y la juventud, que siempre lleva a cometer locuras, dieron origen a una gravísima situación porque María Josefina largó a Roberto y dijo que se casaba con Rojas. De inmediato se convocó un consejo de familia porque evitar el matrimonio era relativamente fácil pero impedir cualquier disparate que pudiera ocurrir antes de o en vez del matrimonio era mucho más complicado y la decisión fue unánime: un viaje a Europa para estudiar en el mejor colegio en Suiza y recorrido por Italia y España durante el verano con su mejor amiga, María Eugenia, y así le explicaron las cosas que iba a conocer, todo lo que iba a aprender, cómo Europa era necesaria para la cultura de una señorita y además todo lo que se iba a divertir, iría a pasear a los Campos Elíseos en París, y allí estaría su tía Enriqueta que la llevaría con muchísimo gusto a todas partes, al teatro, a los restaurantes, a los desfiles de moda, y qué no decir de España, cómo se iba a divertir en Madrid, iba a ir a los toros y a la Hípica y era una ciudad tan tranquila que las muchachas podían pasear sin miedo de que las molestaran, el paraíso, y en Suiza le esperaba un internado, pero nada que ver con el San José de Tarbes, un internado lujosísimo para muchachas mayores, con toda la libertad, paseos, excursiones, compañeras de muy buena sociedad, que uno no sabía en qué momento le podía ser útil relacionarse con la alta sociedad

internacional, señoritas de Boston, de Londres, hasta princesas hindúes, hasta las hijas de Aga Khan, seguro estudiaban allí. Ya todo estaba arreglado, el pasaporte, el pasaje, el colegio, y se lo dijeron la noche antes para evitar cualquier disparate de última hora que se le pudiera ocurrir al tal Rojas, de modo que cuando el avión despegó llevándose a María Josefina y a María Eugenia, sus padres respiraron y se miraron a los ojos complacidos porque habían evitado el disparate. Pero al poco tiempo comenzaron a llegar cartas de María Eugenia a sus padres diciendo que María Josefina se había ido en un tren de Laussane a París y que ella así sola no se quedaba más porque se estaba aburriendo mucho y estaba engordando demasiado comiendo puro chocolate Toblerone, que era riquísimo y les iba a traer a todos cuando regresara, pero que por favor quería regresar pronto porque Luis Alfredo se iba a olvidar de ella, que eso lo notaba en que ella se estaba olvidando de Luis Alfredo y no quería olvidarse más y que le mandaran el dinero del pasaje porque si no se iba a tirar por una ventana del colegio, que además era horrible y las compañeras muy antipáticas, sobre todo una que decía que era hija de un *marajah* de la India y que no hacía más que echarle coco a las demás contando que en su palacio tenía varios elefantes amaestrados; las inglesas eran las más odiosas de todas y no le prestaban el agua de colonia y le decían a ella que era latina pero lo decían con desprecio y las americanas no hacían sino comprarse una ropa carísima que ella no tenía; al principio las había engañado con una historia de pozos de petróleo, porque le preguntaron si su papá tenía petróleo y ella dijo que sí, pero ya se estaban dando cuenta de que era mentira y que su papá sólo era gerente de la Creole y nada más, y ella

había tomado una decisión, o la traían otra vez para Caracas o se suicidaba. Con esta carta los padres de María Eugenia llamaron a los padres de María Josefina y les dijeron que se traían otra vez a la niña porque no se adaptaba bien, pero no quisieron dar más explicaciones para no meterse en líos ni dijeron que María Josefina se había fugado del colegio, ni que María Josefina había falsificado las cartas de sus padres diciendo que se retiraba del internado, ni que había encargado a una colombiana para que periódicamente les pusiera unas cartas a sus padres que ya las tenía todas escritas pero como decían casi siempre lo mismo y las de ellos también, era muy difícil darse cuenta. De vez en cuando sonaba el teléfono y era tía Elena que le decía a mi abuela: llegó carta de María Josefina, niña, que está encantada y que hace muchos progresos en francés, no, en lo más mínimo, del tal Rojas no se acuerda para nada, fue un acierto, así es, un acierto. Margarita estaba envidiosísima porque también quería que la mandaran a Europa, pero los planes eran más bien vagos y futuros, se le recomendaba la lectura de autores franceses en compensación y Margarita que era muy obediente se los leía. Yo esperaba ansiosamente que María Josefina me mandara unas fotos del Jardín de Aclimatación cuando fuera a París, porque mamá me había contado muchas cosas de los animales, y le escribí una carta que decía:

Querida María Josefina, te escribo esta cartica porque quiero que me mandes fotos de algunos animales como osos gírfas y benados del Jardín ese que mamá me dijo, por ejemplo de las culebras, o sea los ofidios, que aunque parezca mentira están más bariados en el zoológico de allí que aquí.

Me quedó una gran decepción porque sólo llegó una postal de la Torre Eiffel que decía:

Querida primita, recibí tu cartica, muy simpática. Ahorita estoy un poco ocupada porque debo estudiar mucho francés, pero en lo que tenga tiempo te mandaré las fotos que me pides. Muchos besos de tu prima que te quiere mucho y no te olvida.

Pero sí se le olvidaba y fue un olvido generalizado porque tampoco se acordó del San José de Tarbes, de Rojitas, de María Eugenia, de nada. Cuando volvió no era la misma, es cierto que había pasado el tiempo pero ya no era la adolescente frívola y casi todo le aburría, no como antes que estaba tan dispuesta a cualquier ocasión de divertirse, decía que quería hacer teatro y cosas así que le daban mucha tristeza a mi tía Elena. Se le veía que se sentía un poco derrotada y no nos explicábamos cómo una educación tan buena había dado un resultado tan malo. Por eso todos nos sentimos muy alegres y satisfechos, cuando después de su regreso no pasó mucho sin que nos anunciaran su primer matrimonio con un amigo de Carlos Eduardo, a quien conocíamos de toda la vida, y había estado en todos los bailes y sus padres eran amigos de los nuestros y sus abuelos de los nuestros y sus bisabuelos de los nuestros. Nos gustaba emparentar con él y con ellos y a él y a ellos con ella y con nosotros y siempre hemos tenido un bello recuerdo del día de su matrimonio.

Los nardos, las gardenias, los jazmines. Corrían entre las flores desbaratados de impaciencia y afán. Tías celosas planchaban apresuradamente el tul de siete metros, desmanchando cuidadosamente el amarillo de una punta, prueba irrefutable de las piezas de familia, un velo que ha-

bía velado tantísimos otros rostros descubiertos el día de la boda. Primas envidiosas alisaban el vestido, daban los últimos toques a los *bouquets* de angelitos para los centros de mesa, impartían órdenes altaneras a los mesoneros que torpemente disponían las mesas sin comprender la mejor disposición del jardín, atravesado por los cables para los focos de luz y los toldos verdes de forros blancos con pequeños fanales en el centro. Las mesas más grandes deben ir bajo el samán, más a la izquierda, estas otras bajo el mango, aquellas cerca del limonero, a la derecha, que no se choquen unas con otras, dejen más espacio en el centro, donde está la mesa principal con la torta de los novios, revestida de mantel de encaje desempolvado para la ocasión. Los automóviles entran y salen dejando huellas sobre la grama húmeda, por favor, que no pisen la grama, no se dan cuenta de cómo la marcan toda, van dejando espléndidos ramos que ocupan el *hall* de entrada, el escritorio, el salón, el comedor, el porche, la terraza, no caben más, los que vengan después de éste que los suban a las habitaciones. Desfilan los repartidores de las tiendas subiendo las bases de los regalos, las bandejas, la vajilla, los cubiertos, los ceniceros, los floreros, las piezas de hornear, el juego de *fondue*, las ensaladeras, las piezas para los camarones, las bandejas de quesos, las jarras de servir vino, los calentadores de pasapalos, las soperas, los juegos de desayuno, las tazas de consomé, los juegos de café, los juegos de té, los boles de ensalada, de fruta, las tazas medianas de la sopa de cebolla, los juegos de sal y pimienta, los juegos de aceite y vinagre, los platonos para las tortas, las fuentes para el pescado, para la carne, los platos para dulces, los cuchillos de carne, los cuchillos de pan, los cuchillos de queso, los juegos de madera para disponer embutidos, las

salseras de plata, todos hacia arriba para colocarlos sobre las mesas y los tablones, en exposición para los invitados que después de saludar a los novios quieran contemplar la magnificencia de los regalos y comprobar si el suyo está convenientemente dispuesto. La caja para guardar las tarjetas de visita que habrá que contestar después, agradeciendo tantas atenciones. Qué angustia si llueve, será posible que llueva hoy. Cómo se deslucirían los niños del cortejo, tantas horas de prueba y de selección de las telas y de los modelos, lo difícil que ha sido lograr que los niños aprendan a caminar en cuatro parejitas y recorran en orden el pasillo de la iglesia, la de veces que hemos tenido que ensayar. Los zapatos de raso de las muchachas del cortejo de un blanco ostra cómo quedarían manchados de barro, los peinados de las tres damas de honor principales, la madrina y las otras dos, una a la derecha y otra a la izquierda, acompañando a la novia hasta el altar, los *garçon d' honneur*, por favor, en orden. Los adornos de la iglesia que tanto trabajo han dado, las camelias y los gladiolos, las hortensias entrelazadas de lazos violeta claro y amarillo suave, dando un color delicado. Una cayena para las manos, una flor viva luminosa, algo distinto, porque los azahares están ya muy vistos y se marchitan enseguida, y después de todo ya nadie conoce el lenguaje de las flores. El fotógrafo, los fotógrafos, por favor a la derecha, que no pisen la cola, que no importunen, ha dicho el Señor Obispo que deben estar en una actitud recatada y no molestar a los novios con los *flashes* constantes ni a él mismo, esos detalles desvirtúan el momento quitándole dignidad. Ha llegado el Señor Obispo, Monseñor Excelentísimo, su Eminencia preclara insigne pastor de las almas ha entrado, con qué serenidad se retira el capelo y los monaguillos

alertas le ayudan a vestirse, la casulla blanca y dorada para la ocasión. Las luces, las luces que enciendan todas las luces. Qué linda está, qué bello el vestido y a la vez es tan sencillo, casi parece una niña de primera comunión. Momento impresionante en que abre el órgano con Mendelssohn, tan oportuno y marchoso, una mano nerviosa empuja disimuladamente a una niñita del cortejo que se queda extasiada frente a las estatuas de los santos y no avanza con los demás, sigue, sigue, no te distraigas, le susurra una voz anónima desde uno de los bancos de la capilla, que está fantástica arreglada por las monjas. Se inicia la misa y las voces del Coro Vasco que han cantado mejor que nunca, son una maravilla esos muchachos, entonan el *Gloria in Excelsis Deo*. A continuación el presbítero oficiante lee la Epístola de San Pablo a los Efesios: *Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos. Dominus vobiscum et cum spiritu tuo.* Todos en pie. El Señor Obispo se dirige a la izquierda y lee el Evangelio según San Marcos: *Pero desde el comienzo de la creación Dios los hizo varón y hembra. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y los dos se harán una sola carne. Pues así lo que Dios unió, no lo separe el hombre.* Sentados, llegamos al Ofertorio, pero antes el Señor Obispo va a dirigir su homilía a los novios, va a exhortar a las almas interrumpido por su tos bronquítica. Comienza por las referencias al amor cristiano, más amor que los demás porque se basa en la unión indestructible de Cristo con su Iglesia. Exordio a los novios que reciben la gracia de Cristo: “uníos y multiplicaos, si Dios os ha atribuido el don del amor no ha sido para vuestro placer y soledad

sino para compartirlo con la especie humana, para confirmar en vosotros el misterio de la creación y sois vosotros, los que estáis aquí en su presencia para unirlos en el Santo Matrimonio, los portadores de esa gracia. ¿Sois vosotros acaso quiénes para limitar el amor de Dios?, ¿sois vosotros suficientes jueces de cuál es el término de la vida o es Dios, quien en su infinita misericordia os ha unido hoy a través del amor humano para que participéis con él en la creación y por tanto en el amor divino?, ¿sois vosotros quiénes para desligar en la tierra lo que yo, como servidor y testigo de Cristo, uniré en el cielo?, ¿podéis vosotros por la intransigencia y la intolerancia de la debilidad de la carne decidir acerca de un vínculo divino?, ¿acaso Cristo desmayó en la Cruz y apartó de sí el lazo que le unía con nosotros para darnos la vida eterna? No, pues tampoco vosotros que recibís ahora la gracia del Santísimo Sacramento del Matrimonio debéis renunciar a vuestra unión cuando las vicisitudes de la vida os hagan flaquear”. Estaba un poco pesado el Señor Obispo, comentaron algunas señoras de los primeros bancos pero habla muy bien. Mientras los fotógrafos, a pesar de las recomendaciones, no renuncian a inmortalizar la escena. Este es el momento más importante, los novios intercambian los anillos y contestan SÍ a las preguntas que les hace el Señor Obispo. *Santo, santo, santo, Señor de los ejércitos* continúa el Coro Vasco, *llenos están los cielos y la tierra de tu gloria*. Hace mucho calor y una de las damas de honor tiene que ser sostenida por la madrina porque la emoción y el humo de las velas parecen hacerla desmayar, es un minuto de tensión pero se recupera, menos mal. Al fondo ojos alertas descubren por las enternecidas miradas del caballerito de honor que está en la segunda fila a la derecha hacia la

dama de honor que está en la primera fila a la izquierda que pronto podremos repetir el momento y portátiles máquinas de calcular trabajan silenciosamente para saber si la repetición será tan fausta. De nuevo los acordes del órgano acompañan a los novios ahora unidos y comienza a producirse el convulsivo desplazamiento de los invitados hacia la fiesta, mientras se escucha el *Ave María* de Gounod. Ya en la calle se producen inevitables confusiones porque los automóviles alquilados son todos negros elegantes y dejan caer flores blancas de las ventanillas, en la confusión una vieja sirvienta de la casa viaja con un ministro y la madrina ha sido violentamente colocada en un automóvil secundario, un vaho de retaliación se expande por su pecho, graciosamente cubierto por una rosa roja, pero todo es momentáneo, todo es perecedero. Por prejuicios de familia no se ha aceptado que la comitiva estuviera precedida por motorizados de la Policía Municipal, lo que hubiera sido muy conveniente, señala críticamente uno de los tíos, porque el corneteo de los carros y la llegada de los mil invitados producen casi un acontecimiento perturbador del orden público, pero finalmente todos llegan y comienza la fiesta. El lujo discreto del obsequio turba levemente a algunos que sufren de una clase media mal llevada, mientras los obsequiados comienzan a mezclarse entre sí y con los mesoneros que inician el brindis de champaña, brindis que durará toda la noche y que podrá decirse que cuando comenzaba a servirse el chocolate todavía las botellas giraban entre las mesas. Los amigos más íntimos se hacen fotografiar con los novios mientras ancianas tías hacen cola respetuosamente y viejos resentimientos de familia se ponen a prueba, esperando para saludar a los novios y a sus padres. Los invitados hacen cola para admirar

los regalos y comprobar de una ojeada aparentemente desinteresada qué puesto han alcanzado en la escalada, otros prefieren no subir para evitar una comparación que los desmejore, algunos cuadros y floreros han sido expuestos en los ángulos de menor visibilidad para no hacer evidente el mamarracho. Otros, vengativos y querellantes, descienden enajenados por el incumplimiento del reparto pero frases amables de los anfitriones los tranquilizan. Abajo en el jardín la fiesta continúa. La mesa principal cubierta de adornos con helechos y organzas es constantemente asediada por los que van llegando a saludar a los novios, reemplazados por los que ordenadamente van saliendo. Llega un momento culminante en que la torta de tres pisos, pequeño castillete en el aire sostenido por columnillas de azúcar, va a ser partida, ambas manos entrelazadas en el cuchillo y foto que perpetúa el instante, a continuación se va a rifar el dije de la novia, una pequeña campanita dorada anudada a una de las cintas que adornan la torta y que las muchachas casaderas halarán, a la que le toque ésa se casará la primera, qué alegría. Mientras tanto, y después de los aplausos que acogen a la ganadora, continúa el desorden calculado de mesoneros e invitados circunvolucionando alrededor de las mesas, pasemos al *buffet*, cuarenta metros de mesa rectangular ofrecen el espectáculo de la comida que va llegando el momento de consumir. Bellísimas langostas caen en cascada, unas al lado de otras, haciéndose cosquillas con las patas y las antenas, como un gran animal rojo que palpita al lado de las botellas de champaña, rodeadas de camarones, langostinos y salmones. Fuentes de pernils, de gansos y de patos, esperan a los invitados, más allá, junto a los *soufflés* y canelonis, *aspics*, ensaladas, *mousses*, es necesario rodear las piezas, dar

varias vueltas hasta encontrar todas las variedades que en espejo se repiten en otras mesas. Nos guía el espíritu de las bodas de Cannán, la maravillosa conversión del agua del bautismo en el vino rojo del matrimonio, el milagro de la escasez en la abundancia petrolífera que se derrama discretamente en las patas de algunas langostas que sobresalen tímidamente de sus fuentes que apenas chocan con las bandejas del caviar. Horas felices hasta el amanecer que se verá precedido de los mariachis que irrumpen en el jardín con *estas son las mañanitas que cantaba el Rey David*, y rápidamente los mesoneros irán retirando las copas sucias del vino, la champaña y los vasos de whisky para servir el chocolate. Hace tiempo que los novios se han retirado, discretamente sin ser vistos, han abandonado a sus invitados y huyen en un automóvil desconocido, preparado para la ocasión, hacia un apartamento en la playa para mañana volar y cantar *quiero pasar mi luna de miel en Puerto Rico, en Puerto Riiiico*. Y de allí nos espera Madrid, Barcelona, Cannes, Milán, Venecia, Florencia, Roma, París, todo eso nos espera y mucho más. Iremos al Palace, al Majestic, al Negresco, al Danieli, al Excelsior, al Plaza Atenée, estrenaremos nuestro amor en los mejores hoteles del mundo y desde allí para siempre seremos felices.

Ya dije que Isabel de niña había sido bastante difícil pero de adolescente se puso peor. Tía Luisa vivió siempre en casa porque era la viuda de un hermano de papá y después de la muerte del tío Guillermo quedó en muy mala situación. Y desde luego ni lo dudamos en que lo más lógico era que ella e Isabel se vinieran a vivir con nosotros, aunque creo que

papá y mamá se arrepintieron un poco de esa generosidad y también nuestros abuelos porque Isabel no llegó nunca a ser lo que se esperaba y no supo agradecer la educación que le dimos, siempre fue una niña sospechosa y descreída, tratando de ser distinta, como si fuera bueno que la gente buscara sus diferencias. Quizás sufría de ese resentimiento de pariente pobre arrimada al calor y al dinero de los otros, disfrutando vicariamente de un bienestar que no era propio, y aunque a mí me parecía que mamá era una persona de mucho tacto, siempre se notaba un poco que cuando había un baile, para que ella fuera, mi abuela le hacía arreglar un vestido de Margarita del año pasado, cosas así sin importancia, pero que a lo mejor hicieron crecer en ella una distancia o una conciencia de las diferencias que Margarita, Pedro y yo no teníamos porque, aunque hubiera amigos nuestros muchísimos más ricos y mis abuelos se lamentaran de la venta de las casas e incluso recordaran el despojo de las haciendas, nos sentíamos muy bien y muy cómodos, y nunca conocimos la envidia y la humillación que son sentimientos tan feos y hasta de mal gusto, pero Isabel sí. Yo creo que también el problema residía en su humor muy amargo, que no sé de dónde lo había sacado porque nosotros no éramos ninguno así, tenía una tendencia a descuartizar las cosas pero no porque fuera brusca o violenta sino al revés, con una sonrisita irónica que jodía mucho y una cierta forma de ver lo mismo que veíamos todos pero de otra manera que entonces ya no parecía lo mismo. No sé bien explicarlo pero era muy desagradable. Mi abuelo siempre se lo decía a mamá, Mercedes, tú serás culpable si tus hijos se influyen mal con esta niña porque a pesar de que se ha educado con nosotros no parece gente de uno. Pero

mamá se había comprometido consigo misma en educar a Isabel y no cedió nunca y para mí fue mi mejor amiga y me hacían gracia las cosas que decía. Por ejemplo, en una época tuvimos unas veladas melómanas, que a veces se convertían en melopeas, porque invitábamos al señor Giovardini que era un viejo amigo de mi abuelo, no sé de qué, pero eran íntimos, y Giovardini cuando se tomaba unas copas de vino se caldeaba y recitaba versos de D'Annunzio y también se sabía algunos fragmentos de la *Divina Comedia* que daban mucha risa porque no se entendía nada y nos parecía como el italiano macarronato, que ya todos empezábamos a hablar de la cantidad de italianos que habían venido, pero Giovardini se enfurecía cuando nos reíamos, sobre todo por Pedro que era muy imprudente y decía en voz baja Giovardini si faccia la paja en el jardine con la foto de la Pampannini, y Margarita y yo no podíamos aguantarnos. Entonces Isabel decía muy seria Giovardini es fascista. Y eso nos caía pesadísimo, la reacción isabelina. A mí me horrorizaba Giovardini porque tenía la manía de darnos pellizquitos en el cachete a las niñas y se comía todos los pasteles y se reía de tonterías, tratando de hacerse el gracioso y como de la familia, y la verdad es que no me explico cómo lo aguantábamos. Papá desde luego no asistía a ninguna de las melopeas y se iba a su cuarto a leer el periódico hasta que se fuera el melómano, como lo llamaba. El melómano cuando los tragos le hacían efecto acompañaba a mi abuela al piano y cantaban arias y fragmentos de ópera que les quedaban de horror. Una de las arias favoritas de mi abuela era la de *rugiadose, odorose violette graziose, voi vi state vergognose, mezzo ascose fra le foglie e sgridate le mie voglie que son troppo ambiziose* pero se equivocaban constantemente, él en el piano y ella en los agudos y entonces

decían que les había quedado mal y que tenían que practicar la próxima semana, así que al viernes siguiente, de nuevo Giovardini y más pasteles y violetas. Giovardini se murió muy solo porque no tenía familia ni tampoco muchos amigos y mamá se ocupó de todo y papá pagó la funeraria y mientras estuvo en el hospital mi abuela siempre fue a visitarlo con tía Luisa y decían el pobre Giovardini está quebrantadísimo, le llevamos los pasteles de moca que son los que más le gustaban y apenas los probó. A mí me dio lástima el día que se murió porque siempre los entierros con poca gente son más tristes, y mamá me obligó a ir precisamente por eso, para que fuéramos más. Para colmo llovió y era domingo que es un día triste por sí solo y hay que ver cómo se puso el tráfico hasta el Cementerio del Sur porque nos agarró la cola de la gente que iba al Hipódromo y llegamos tardísimo, tanto que los enterradores no querían enterrarnos a Giovardini, pero en eso papá se puso duro y les dijo que era cuñado del Ministro del Interior y los iba a denunciar al Sindicato porque eran las cuatro y veinte y ellos tenían que trabajar hasta las cuatro y media y accedieron, pero entonces no aparecía el cura para rezar el responso mientras le echaban la tierra, que no era tierra sino cemento y con lo que estaba lloviendo había que tener un cuidado enorme de no pisar los charcos por el barro que se estaba formando y con el cemento que se les cayó a los enterradores del mal humor que tenían, se volvió aquello que no parecía ni tumba ni nada. Por fin comenzaron a bajar el féretro pero con la mala suerte que el mecate con el que lo sostenían se zafó y quedó en el fondo pero como de canto y tuvo uno de los enterradores que saltar adentro y volverlo a amarrar y eso por la lluvia resultaba más difícil, pero por

fin lo logró y se pudo volver a subir para que entrara bien y quedó como debía pero salpicado un poco porque se había formado un charco, le echaron el cemento rapidito mientras que afortunadamente llegó el cura saltando entre las piedras y las otras tumbas, remangándose la sotana para no ensuciarla con el barro y con un paraguas roto en la mano, recitó una cantinflada en latín, que no se entendía nada de lo mal y lo rápido que lo decía, y después sacó una lata de galletas forrada de papel de regalos que era donde recogía la limosna y se la dimos enseguida para no verlo más, tanto a él como a los dos niños que venían detrás de monaguillos y otros más que venían de nada, pero fue mejor llamarlo porque a Giovardini no le hubiera gustado que lo enterraran como a un perro, sin responso ni nada. Se puso oscurísimo por la lluvia y además se había hecho bastante tarde con todos los problemas que habíamos tenido, y cuando salimos del cementerio ya se habían ido todos los que venden flores y estampitas y rosarios y sólo quedaban algunas coronas por los caminos, entre las lápidas de algunos entierros de mayor comitiva, y que habían sobrado un poco, sin saber de qué muertos eran. Las luces del automóvil iluminaban el piso y reflejaban el agua, todo lo húmedo que corría por las aceras mientras atravesábamos la calle de los marmolistas y lapidarios que estaban recogiendo sus estatuas y los modelos de las letras para los epitafios, todo lo que se mojaba, los perros trasnochados, viejas que se cubrían con papel de periódico, conchas de cambur, niños corriendo por las esquinas, soldaditos arreglándose la camisa que les quedaba por fuera del pantalón, y así descendíamos por la lluvia y nos compadecíamos, obligados a meternos en la noche y ascendiendo las calles en pendiente, hasta que nos devolvieran

desde las aceras tristes hacia las avenidas más rectas y mejor iluminadas, dejábamos el barro y los perros porque ya más adelante no los había, o sí los había pero era distinto porque la ciudad tenía eso, una lluvia más tranquilizante, unos perros mejor cuidados, unas calles más seguras, uno depende mucho del paisaje.

De esa época también era Ernesto Cornejo, profesor de piano. Nos dio muchísimas clases inútilmente porque tanto Margarita, como Isabel, Pedro y yo éramos todos muy poco dotados para la música y nuestra máxima ejecución fue cuando Margarita logró tocar una polonesa sin interrupciones, pero mamá insistía porque decía que era cuestión de práctica. Cornejo tenía un origen vagamente sureño y nos contaba unos cuentos tártaros de que había estudiado en Austria y que hablaba siete lenguas, pero sólo se le veía una entre los dientes sucios y roídos que me daban mucho asco. Entre escala y escala solía contar los recuerdos de Salzburgo y nos decía que una vez había tocado como solista en la temporada de verano pero que sus amigos del conservatorio le habían traicionado porque él estaba enamorado de la mujer de uno de ellos y entonces el marido despechado había hecho lo imposible para que lo sacaran del programa, y no pudo entonces tocar el cuarteto de Mozart *opus 479 en do mayor* que se lo estaba preparando desde hacía no sé cuánto tiempo. Nos traía unas partituras viejísimas y el programa de conciertos donde efectivamente decía “*Herr* Ernesto Cornejo”. Hasta que desapareció como había venido, la verdad es que no sé quién nos lo recomendó pero un buen día mamá nos dijo el profesor Cornejo los está esperando en la salita azul, y otro buen día no vino más. Guardamos siempre una foto de los cuatro alumnos con él un cumpleaños

de Pedro que fue también cuando Margarita ejecutó la polonesa delante de toda la familia y fue emocionantísimo porque la había ensayado mucho y en secreto y nadie se suponía que era capaz de tocarla de corrido y no se equivocó ni una vez. Las partituras las guardamos en una vitrina que había en la salita en la que teníamos objetos diversos, esas cosas que no se sabe muy bien de qué son ni por qué están pero que da muchísima nostalgia botarlas, junto con un tigre de marfil que se le había caído un colmillo, unas ardillas disecadas que tenían unas espaditas en la mano y hacían esgrima, estaban bastante apolilladas las ardillas, y una colección de animalitos disfrazados con uniformes de soldados, pero cuando nos mudamos de la casa sí tuvimos que hacer desaparecer todo aquello y Margarita lloró muchísimo porque decía que botar las partituras era la última de las traiciones que Cornejo había sufrido.

Después de la muerte de Giovardini nos quedaron muy vacías las noches de los viernes y todos sentíamos la necesidad de sustituir las desaparecidas veladas musicales por lo que decidimos inventar juegos de interior. Por ejemplo, el juego de los personajes, representar para los otros nombres de la historia. Margarita siempre hacía de María Antonieta que era muy fácil de adivinar porque al inclinar la cabeza ya se sabía, tía Olga por supuesto de Tamara Karsevina, pero a veces para disimular escogía un papel de hombre y era Newton, que también era facilísimo por lo de la manzana. A papá le gustaba muchísimo representar a Alejandro Dumas y mamá hizo una vez de *Madame Bovary* que le quedó precioso y no se lo pudimos adivinar. Isabel en esas cosas tenía salidas muy raras, un poco extraviadas, y un día propuso que en vez de representar personajes conocidos, hiciéramos

de lo que no éramos, que cada cual protagonizara lo que hubiera querido ser y que los demás adivinaran por la distancia que se creaba entre el personaje representado y el personaje por representar. Enfrentarnos a lo que no éramos nos pareció corrosivo y papá dijo una frase tipo memorable como que todo el mundo había muerto alguna vez y comprendimos que no teníamos ninguna necesidad de marcar una fisura en nuestros personajes. La atmósfera de nuestras reuniones en la salita azul conservaba el mismo calor de siempre, la misma tranquilidad, y eran a veces las voces del televisor réplica a nuestras preguntas y dobleces de nuestro pensamiento. De pronto mamá se sobresaltaba como si leyera sus recónditas dudas “¿en qué piensa señora?, ¿no ha comprado el nuevo insecticida para su hogar?”. Otras veces eran mis abuelos que se perdían en dulces ternuras pasadas y eran violentamente sacudidos por “el presente está en sus manos, no pierda el tiempo con viejos artefactos”. Margarita podía quizás confundir su futuro con la angustia de saber si “¿logrará la bella Eugenia encontrar la realización de su amor?, ¿triunfará la verdad?”. A veces un grito cortaba nuestras ensoñaciones después de la cena, un sismo, un sismo, y venía todo mezclado con la lluvia, el teléfono, los diálogos interrumpidos, y corríamos hacia las puertas y abríamos las ventanas, mamá lloraba, papá organizaba un plan de emergencia, Pedro vociferaba y recogía a Margarita desmayada, y en eso nos dábamos cuenta de que era tía Luisa leyendo un periódico atrasado e informándonos que había temblado en Santiago de Chile, pero nos rompía un poco la monotonía. En realidad nos llevábamos muy bien, quiero decir que no había nada entre nosotros que nos separara, las mañanas nos encontraban con la misma

sonrisa amable de café con leche y pan tostado, las tardes con la misma satisfacción de tarea cumplida, en el día se mezclaban los almuerzos, los intercambios de noticias acumuladas en el tiempo, alguna hornilla estropeada, la salud de nuestros amigos, la vida nacional, el deporte, relatos de anécdotas que nos sabíamos de memoria y que no era necesario contar completas porque a media frase ya nos podíamos reír porque la reconocíamos enseguida, vívidas discusiones que acaloraban los ánimos y exaltaban las ideas pero aun así el orden se mantenía porque todos teníamos posiciones estáticas frente a los hechos que interesaban nuestras vidas y de antemano comprendíamos las posiciones contrarias. Isabel me decía que todo aquello eran dulces y tontos pasatiempos que jugábamos a deshoras para no saber que jugamos todo el tiempo, para ignorar que nos vaciamos entre las reglas y normas de cada juego iniciado con la esperanza de que sea el último, pero no lo es porque siempre tiene un desenlace y alguien gana y alguien pierde y hay un monstruo traga-juegos que puede absorberlos todos y así volvemos a empezar llegando a un marco ancho pero inflexible con sólo dos latitudes marcando una cerrada alternativa que es estar dentro o fuera de las numerosas maneras de jugar. Quizás porque Isabel se sentía sola inventaba juegos de imaginación con el propósito de destruirlos y reconstruirlos y decía si recorres los objetos puedes tener la sensación de quién los puso ahí, cada objeto un cadáver que nos fuerza a convivirlo y respetarlo, cada línea y cada ángulo una casilla que al margen debe estar la vida pero dónde. Cómo distinguir entre el azar y la necesidad, cómo saber cuáles son nuestros pasos sobre la arena o las huellas ya trazadas sobre las que colocamos nuestros pasos, mansamente sin ruido,

anónimamente entre generaciones de huellas sobre la arena, que se han ido desecando junto a los corales y a los troncos y el mar ha ido arrastrando bajo el sol, encontrarlos nos trae la pregunta ingenua de si eso es estar vivo o si es nuevamente, juguemos a que vivimos, si somos hoy y en este día cuando la vida nos rompe desde adentro, desde lo que cada uno sabe que es su vida, intentando trasladarnos de las cosas al centro de la historia, tratando de no olvidar que estamos hechos como todos, de barro y de silencio, de palabras rotas y de gestos inconclusos.

Ese año era mayo y no llovía. Yo esperaba salir de la infancia como atravesar una larga tarde siempre cálida y llena de frutas misteriosas que los adultos conocen y los niños no, abandonar el espacio ahora decadente donde nuevas construcciones han ido progresiva y a veces regresivamente sustituyendo las casas. Edificios en algún momento nuevos, en relación con las quintas, fueron a su vez demolidos o transformados en comercios y restaurantes. En uno de los solares vacíos instalaron una vez un parque de diversiones, que a su vez decayó, y los restos de los carritos chocones y ruedas de la fortuna quedaron como el viejo esqueleto de un animal calcinado al sol, arrinconado para la instalación de una venta de automóviles usados, luego transformada en restaurante argentino y después en oficina de decoraciones y así en mueblería, que devino en un comercio de lámparas y aun en negocio para la venta de arepas y hamburguesas, y fracasando se reacomodó para guardería infantil, dando paso a un taller mecánico y luego a una peluquería y de nuevo a un restaurante peruano, para más adelante ser

una agencia de alquiler de automóviles y así. Toda la ciudad se movía inquieta porque ya no cabía en sí misma entre las montañas, era como una grandísima madre engordada y jadeante, un monstruo joven prematuramente envejecido creciendo dentro de su cuna de niño, desbordada de sus límites, pintorreteada en sus esquinas, en sus muros blancos, las pintas de las paredes anunciando las quejas del sistema, “el mundo está loco quiero bajarme”, los árboles intentando sobrevivir entre los avisos publicitarios, los jardines minimizados ante el paso prepotente de las autopistas que albergaban dentro de sí falsos jardines, estatuas de abandonadas figuras patrias, deshojada la piel de las paredes a fuerza de arrancarles los afiches de propaganda política. El loco pasaba siempre por lo que era la vieja línea del tren, el gamelote estaba muy alto y no se le veía bien por eso cuando hacía ruidos extraños o gritaba la sirvienta me asustaba diciéndome que era un lobo y yo pensaba en el del cuento de los siete cabritos y me aterrorizaba con el aullido, pero prefería no decir nada porque siempre hay una intimidad en los terrores infantiles que resguarda nuestros primeros monstruos. Yo creo que Isabel tampoco dijo nunca nada del hombre que siempre estaba recostado en la reja de la última casa antes de llegar al colegio, pasábamos el abastos de la esquina, la casa del viejo Laing, cruzábamos frente al heladero y él estaba siempre ahí, sacándose el miembro para que lo vieran las niñas, sudábamos y el sudor empapaba las axilas todavía lampiñas y los pezones aún abotonados, y el hombre se reía y se tocaba el miembro con la mano en la que tenía un anillo, encandilaba el sol reflejado en el anillo pero no creo que ella lo dijera nunca, y entrábamos en el colegio como si nada y le comprábamos chicle a una viejita que se

sentaba en la puerta. Al loco una vez le hicimos pasar a la casa porque Isabel dijo que tenía hambre y que le íbamos a hacer un sándwich, lo sentó en el patio de la cocina y yo traje pan y queso y una coca-cola. Entonces Isabel decidió que había que afeitarlo porque tenía el pelo muy largo y no tenía dinero para ir a la barbería y me mandó a buscar unas hojillas en el cuarto de papá, las bajé con mucho cuidado envueltas en un paño y con un peine roto que encontré, me daba mucho asco porque tenía el pelo empegostado y largo, pero el loco se puso muy contento con la idea de afeitarse y se reía y nos enseñaba su boca sin dientes, mientras sacaba de una bolsa de papel restos de periódicos y pedacitos de cuerdas y unas medias de distintos colores. Isabel comenzó la tarea con mucho celo pero me imagino que se fue fastidiando y cada vez lo hacía con menos cuidado y más rápido, nos dimos cuenta porque la sangre comenzó a chorrear y a mojar las manos de Isabel y el sándwich y la bolsa de papel, pero ella seguía y el loco no decía nada, se reía y seguía hablándonos, como si no le doliera. Tú crees que se muera, le pregunté, le sale mucha sangre. No, los locos viven mucho tiempo, contestaba Isabel como si supiera, van así por las calles, por eso están locos. Le pusimos unas curitas y le echamos alcohol y le dijimos que se fuera, pero no se quería ir de lo contento que estaba y casi tuvimos que empujarlo. Volvió muchas veces y nos llamaba a gritos y mamá salía espantada y decía: pero qué es esto, de qué nos conoce este hombre, cómo no lo recogen, por qué le habrá dado por meterse en esta casa.

Tantas veces que escuchábamos en el radio programas tan buenos como *Frijolito* y *Robustiana* que era el preferido de mi abuela, y *El Bachiller* y *Bartolo*, y *Tamakún, el vengador*

errante. Aprendíamos la justicia de la figura bella y temeraria del príncipe y era impresionante cuando decía: “Tamakúúúún, donde la justicia falla, cuando la maldad impera, Tamakúúúún, el vengador errante”. En cambio los secretos de la vida los conocimos en el patio de servicio escuchando *El derecho de nacer*, que era buenísimo, y nos prohibían oírlo, en uno de esos aparatos de radio que parecían escaparates, y esperábamos como tantos otros niños que Don Rafael hablara y nos dijera el origen de Albertico Limonta y si era verdad lo de la cigüeña y llorábamos muchísimo con las sirvientas por la pobre mamá Dolores. Y después el radio cantaba *Ace lavando y yo descansando, la Maizina Americana, gran producto nacional, gran producto nacional*. Eso de la radio era muy divertido, papá me contaba que antes toda la familia se reunía para escuchar la BBC de Londres, en Emisión Especial para América Latina y así seguían las noticias de la guerra. Sucedian muchos problemas porque la familia estaba dividida en germanófilos y aliadófilos y marcaban en un mapa con unos alfileres para ir siguiendo los avances de los ejércitos. Cuando cayó París fue tremendo porque mis abuelos y papá eran germanófilos, y mamá, tía Olga y tía Luisa eran aliadófilas y se retiraron a sus habitaciones en señal de duelo y dijeron que sólo se comerían algo liviano en el corredor, mientras que mi abuela se tomó una copita de Marie Brizard que sólo lo hacía en las grandes ocasiones. Además de la BBC teníamos a Madame Foucaud que era nuestro enlace con Europa y era también como una emisión especial para América Latina. Madame Foucaud era una francesa imperturbable con un moñito redondo en la nuca, siempre llevaba, lloviera o no, un impermeable todavía un poco mojado de humedad normanda y se vanagloriaba

mucho de haber nacido en Rouen como Flaubert, usaba unos zapatos marrones cerrados lo suficientemente resistentes como para hacer toda la resistencia, y para molestarla le preguntábamos siempre de dónde son los zapatos, Madame. Después de merendar nos enseñaba los verbos irregulares, que dicho sea de paso son en francés los más regulares, y pasábamos la tarde en eso y leyendo a la Comtesse de Segur que nos tenía hartos, sobre todo a mí, porque Madame Foucaud decía que era más mala que Sofía y entonces me leía las travesuras de Sofía para que viera los castigos que le ponían que no eran nada como los que me ponían a mí, afortunadamente, luego se arrepentía de su dureza y me decía *Mon petit lapin, je t'aime bien*, y seguíamos adelante con *Frère Jacques, Frère Jacques, dormez vous, y sous le pont d' Avignon on-y-danse tous en rond* y a conjugar los verbos que era tan repugnante como el yogourt de la merienda, pero al parecer igualmente indispensable para el crecimiento. Lo que más me impresionaba era cuando nos contaba cómo a las mujeres colaboracionistas les cortaban el pelo y cómo se hacían novias de los alemanes para que les dieran chocolate y medias de seda, eso lo vi después en una película buenísima de Sofía Loren que se llamaba *Dos mujeres*, y la muchacha que hacía de hija de Sofía Loren salía con un capitán americano que le regalaba el chocolate y las medias y la madre se las rompía furiosa. Con Madame Foucaud leímos también otros libros como *Mujercitas* que le encantaba a Margarita, y su continuación *Aquellas mujercitas*, y su contrapartida *Hombrecitos*, y todos los de Julio Verne, y también *David Copperfield*, y *El Príncipe y el mendigo*, y *Las aventuras de Tom Sawyer* y *La cabaña del tío Tom*, que era muy triste, y los de *Guillermo el travieso*, y unos cuentos españoles que se lla-

maban *Celia lo que dice* y *Celia en el colegio*, eran la versión ibérica de Sofía, la de la condesa. Sobre todo nos gustaba *Corazón* de Edmondo De Amicis que era de verdad como debían ser los niños que conocía Madame Foucaud, aquellos pálidos niños rodeados de madres viudas y maestras tuberculosas parecían sacados de la vida de verdad y no como Sofía y Tom Sawyer que se veía que eran de mentira. Con *El pequeño tamborcillo sardo* y *De los Apeninos a los Andes*, llorábamos los cuatro, hasta Pedro que se las quería dar de duro. En *Corazón* había un relato de un niño a quien se le moría un compañero que leerlo era como recibir clases de melancolía para toda la vida y quedarse totalmente culpabilizado de su propia infancia, con la impresión de que en otro lado del mundo habían quedado unos niños rotos para siempre, entristecidos en unos bancos viejos de escuela, con unos guardapolvos grises que les quedaban demasiado largos y las mangas les tapaban los dedos, el pelo al rape, cortado como cuadrado sobre la frente, llevando en la espalda un cartapacio muy grande lleno de cuadernos y libros usados y unas lapiceras de madera donde guardar la tinta y las plumillas, que permanecían fijados en unas fotos marrones, sentados en fila y otros atrás de pie, con un maestro gendarme al lado, detrás una estatua de San Francisco de Asís, y desde allí nos mirarían siempre con sus ojos vacíos contemplando un futuro destruido, o mejor dicho un fin irremediable y esperándonos para siempre como si ellos quedaran detenidos en el terror mientras que nosotros creceríamos y llegaríamos a ser mujeres y hombres y ellos sólo eternos niños aterrorizados, hilos rotos de la historia que avanza implacablemente, y ellos fijados en algún recuadro del tiempo, cadáveres vivos esperándonos, como los niños que habían

enviado a Rusia después de la guerra española, o los que se habían ido en un barco de refugiados que llegó a México y muchos se morían en el camino y no veían más a sus padres, o los que arrojaban por encima de las alambradas de púas en los campos de concentración para que cayeran del otro lado, y algunos quizá se mataban en la caída o nadie los veía caer y quedaban solos del otro lado de las alambradas. Esos eran los primeros fantasmas que aparecían leyendo *Corazón* y el *Diario de Ana Frank* y yo le pregunté a papá si nosotros habíamos tenido guerras y él me dijo que sí pero hacía mucho tiempo y ya no habría más y me parecía mucho mejor nuestra tristeza de *El derecho de nacer* y cuando llegó la televisión, en las tardes pasaban *Bambilandia es el país donde los niños son felices. Yo quisiera pasarme toda la vida en Bambilandia y nada más. Bambilandia es el país donde los niños son felices.*

Ingrid era una niña de posguerra de verdad. No salía de diarios ni de personajes inventados, era como Lya y Marisol, de las que hablaré después, pero el caso de Ingrid fue distinto porque su recuerdo me resulta inútil y hasta dudoso, y sin embargo lo he guardado fielmente durante mucho tiempo. Creo que era morena, más bien pálida y delgada, y se sentaba al lado mío en un *kinder* que ya no existe, y que por esas paradojas terminó siendo una residencia de ancianos. Hablaba mal el español y casi nadie quería jugar con ella, yo tampoco, pero a veces la miraba y sentía eso mismo que después convine en llamar melancolía, al verla me invadía ese sentimiento que era demasiado grande para mí y para ella. Así que un día yo cumplía años y mamá muy condescendiente me dio permiso para invitar a quien yo quisie-

ra, además de los niños que ella había invitado, es decir, los hijos de sus amigas. Esos gestos súbitamente demagógicos sorprenden siempre y antes que se arrepintiera dije voy a invitar a Ingrid, y no me preguntaron quiénes eran los padres de Ingrid. Entonces al día siguiente le dije a Ingrid te invito a mi piñata, y le entregué un papelito escrito por mamá con la dirección y la fecha. Me vio tan lejana y triste que yo estuve segura de que no vendría y me alegré por eso, porque me quitaba un doble peso de encima. Vino con un vestidito gris, muy relamido y pegado del cuerpecito, su mamá habló con la mía y supimos que eran húngaros. Desde que llegó empecé a sentirme incómoda, con una carga adentro que no me la podía quitar y que era mucha para los años que cumplía pero la piñata estaba divertidísima y había muchísimos invitados. Corrían por el jardín gritando y comiendo helados y tequeños y no hacían sino llegar niños y niños y regalos y regalos y mamas y cargadoras y todo el jardín estaba lleno de papeles y serpentinas y matasuegras y los carritos y avioncitos y muñequitos de las dos piñatas que se tumbaron, todos los juguetes de la piñata se habían comprado en Macy's, que era una tienda muy buena que habían estrenado en Sabana Grande y era como los almacenes de Estados Unidos. Las niñas estábamos todas lindísimas con unos vestiditos rosados y azules con armadores y unos cintillos de florecitas en el pelo y los varones elegantísimos con pantalones azul oscuro y camisas blancas como de hombre. Yo estaba furiosa con mi primo Enrique, el hermano menor de Carlos Eduardo, porque había organizado un juego de ladrones y policías en la parte de atrás del jardín y sólo dejaba que jugaran los varones grandes y a los chiquitos y a las niñas no nos dejaba, y también con mamá porque cada vez

que llegaba una señora me llamaba a saludar y la señora decía qué bella está, parece una muñequita, y me tenían harta porque no me dejaban seguir ningún juego ni querían que me manchara el vestido y me habían peinado con tirabuzones y había pasado toda la noche con los bigudís y la cerveza en el pelo. Como a las seis estábamos ya roncós todos los niños, sudadísimos y cansados de lo que gritábamos y corríamos y mamá llamó a todo el mundo para cortar la torta y cantar cumpleaños feliz y después nos sentamos a ver al mago. Nos dispusieron a todos en el *hall* y el mago instaló una mesa con un mantel negro y una cortina portátil para hacer los trucos, pero lo más difícil era lograr que nos calláramos y contestáramos las preguntas que nos iba haciendo que eran como chistes y adivinanzas, hacía venir a uno o dos niños para ayudarlo con los trucos que eran sobre todo los de huevos y pañuelos y era un mago bien bueno porque hasta tenía una paloma de verdad y la sacaba de la chistera donde había metido el huevo. Ese truco sí era difícil de adivinar y los niños se fueron tranquilizando y poniéndole atención. Entonces mamá me llamó aparte y me dijo la niña que tú invitaste se quedó sola en el jardín. Nunca he logrado comprender por qué me impresionaron tanto sus palabras y por qué en vez de seguir viendo las palomas y los pañuelos y el truco del agua en el periódico salí corriendo, pero no la encontraba porque ya era casi de noche, la busqué y la llamaba por su nombre hasta que me contestó y vi que estaba sentada en el banquito blanco de hierro que había debajo del mango grande, mirando a lo lejos con las manos cruzadas sobre el vestidito gris, llegó Madame Foucaud y me regañó por estar a esa hora afuera y cogió a Ingrid de la mano y la metió en la casa, preguntán-

dole que por qué se había quedado allí y que si no había visto que todos los niños estaban adentro con el mago pero ella no contestó nada. Yo me volví a sentar en mi puesto y nunca más nos volvimos a ver. No sé a qué hora vinieron a buscarla y no regresé a ese *Kinder* porque eran las vacaciones y en septiembre iba al Colegio de la Guadalupe. Pero sigo buscando a Ingrid y hasta creo que escribo esto pensando que a lo mejor ella lo lee y se acuerda y retomamos el mal sabor que nos quedó aquel día, aunque quizás Ingrid nunca existió o las cosas no fueron como las recuerdo y si la encuentro me lo mistifica todo y quizás Ingrid tú apenas eras el fantasma que encubría mi soledad en el jardín.

Yo odiaba los momentos en que Madame Foucaud podía confundirnos con Mireille, pero Margarita decía que había que escucharla por educación. A veces nos enseñaba las fotos y un camafeo que tenía su efigie y un mechoncito de pelos pegado y nos contaba una historia confusa en la que Mireille había pasado la frontera para reponerse de su enfermedad y que durante la guerra había estado con unos campesinos en Etretat, mientras Madame Foucaud trabajaba cerca de París en una fábrica de uniformes y el señor Foucaud, no sé, creo que lo mataron o estaba en el frente, y cuando terminó la guerra se la llevó a Como porque había una casa de reposo muy buena a las orillas del lago y todo era muy tranquilo y el clima más suave pero nada había podido salvarla y había muerto cerca del lago en un hospital muy blanco y muy frío. Sentía terror cuando Madame Foucaud empezaba a hablar de Mireille y a la vez me miraba y encontraba un vago parecido entre las dos y decía que tendría la edad de Margarita si viviera. Me sentía muy abandonada y entregada en sus recuerdos, quizás porque en esa

época había muchas fiestas y cocteles y papá y mamá salían por las noches o invitaban a sus amigos y nosotros veíamos a la gente desde la escalera. La fuerza en su relato me hacía desprenderme de lo que era y éramos y aun hoy todo se me confunde y dudo de haber paseado a las orillas del lago estoicamente sostenida por la mano de Madame Foucaud con unos zapatos marrones para la lluvia de la posguerra, vestida con una blusita a rayas rojas y blancas que Mireille lleva en una foto. Más allá del recuerdo, ¿qué habrá? Más allá del lago de Como, más allá de Madame Foucaud, ¿qué permanece?, la confusión de una foto, Madame Foucaud nadando en el lago, nosotras en el entierro de Madame Foucaud. A veces temo equivocarme en los recuerdos de los demás y enturbiar su vida con mis recuerdos. Temo también que todo sea a veces lo mismo y que haya una sola historia, repetida y monótona, con discretas variantes. Nuestra vida, tan coincidente y yuxtapuesta ¿no será el eco y los anuncios de las otras? Mireille, Ingrid, ¿son nuestras coincidencias o espejos diversos de otras nosotras mismas que hubiéramos podido ser, múltiples configuraciones o juegos de luz, violentados personajes con los que ensayamos juntos obras inconclusas, siguiendo guiones desconocidos, tanteando diálogos perdidos? Por eso quisiera saber qué había más allá de los recuerdos de Madame Foucaud y pienso que en Como es un invierno tranquilo, ahora que yo escribo, el agua es gris y flotan unos barquitos de juguete alrededor de unos patos, todo aquello es únicamente una postal y más allá del lago hay sólo unos apacibles habitantes, los mismos que viven y mueren, sin sospechar la presencia de Madame Foucaud ni nuestros gestos últimos, los únicos, concretos, que realizamos entonces.

Después vinieron largas tardes en la televisión que era nuestra definitiva entrada en el siglo xx, en el progreso y en el *Venezuelan way of life*. Teníamos nuestros programas preferidos y afortunadamente se repartían muy bien, en la mañana veíamos el *Show de las doce*, de Víctor Saume, donde aparecían todas las estrellas, Raquelita Castaños cantaba joropos (en todas partes hay una niña prodigio que desde pequeña se sabe que va a ser estrella), cantaba Adilia Castillo que me gustaba menos pero que salía disfrazada de Doña Bárbara y tenía mucha voz, cantaban Héctor Murga y Héctor Cabrera y el inolvidable Néstor Zavarce, *la tarde gris y el cielo azul fueron testigos del beso frágil que te di en el morichal*, y después Renny Ottolina decía: *Encienda un Viceroy, es clase aparte. Encienda el placer de fumar un Vicerrroy*. Después de almuerzo era cuando más le gustaba a Margarita porque pasaban *Se necesita una amiga*, la amiga leía las cartas de las jóvenes que le escribían y uno se enteraba de cantidades de cosas. Por ejemplo: “Hoy me escribe desde Maracay mi amiga Marlene, su carta dice así:

Querida amiga: necesito una amiga para que me aconseje en los graves problemas que tengo. El hombre del que estoy enamorada y con quien tengo dos hijos es bueno y noble pero su esposa no le da el divorcio, qué puedo hacer.

Entonces la amiga necesitada contestaba: “querida Marlene, debes tener paciencia y comprensión. No es fácil romper una relación que quizás tiene muchos años, a veces los hombres quieren a una mujer por unas cosas y a otra por distintas razones. Si su amor es fiel y sincero, volverá a ti, ¿contestada tu inquietud?”. Otra decía:

Querida amiga: estoy enamorada de un hombre bueno, trabajador y que me quiere pero es portugués y su familia no

desea que se case con una venezolana, ¿qué me aconsejas?

“Querida Yajaira, tu problema es difícil pero con paciencia, tolerancia y tacto de tu parte puede resolverse. Escríbele a su familia diciéndole que tus sentimientos hacia él son sinceros y que aspiras a formar un sólido hogar. Si su familia vive aquí, dile a tu novio que te lleve a su casa y cómprale unas flores o unos bombones a su mamá, poco a poco con dulzura, ve mostrando tus cualidades de buena esposa y buena madre para que se den cuenta de que son injustos con ustedes. Gracias, amiga necesitada”. A veces había algunos más complicados:

Querida amiga: me llamo Coromoto del Valle, tengo quince años y me gusta asistir a las fiestas y conocer muchachos pero tengo un gravísimo problema, el acné. Mi cara es casi irreconocible por la cantidad de barros y espinillas que me han salido y eso me da mucha pena y me retraigo, ¿tú crees que mi problema tiene solución?

“Querida amiga, sí tiene, pero debes tener paciencia porque a veces esos problemas de la edad tardan varios años en resolverse. Te aconsejo que te laves la cara con agua de rosas y que después te pongas una crema que seque la grasa, sobre todo no te los estripes porque es lo peor. Gracias, querida amiga.” Había también problemas irresolubles:

Querida amiga: no te doy mi nombre. Mi problema es muy grave, llevo más de quince años enamorada de un vecino de mi casa pero hasta el momento no ha dado muestras de interesarse por mí a pesar de muchas atenciones que he tenido con él, incluso de pasearme desnuda en la ventana cuando llega del trabajo. Ayer recibí la noticia de que se había casado con otra y estoy desesperada, ¿qué puedo hacer?

“Olvidarlo, querida amiga, hay situaciones en las que es necesario renunciar a nuestros proyectos, si después de quince años de conocerte ha decidido unir su vida a otra persona, es tiempo de que cambies de planes. Lo siento. Y esto es todo por hoy, tus problemas, tus inquietudes, tus preguntas, puedes escribir a Radio Caracas Televisión, poniendo en el sobre para *Se necesita una amiga*. Hasta pronto, queridas amigas de toda la República.”

A mí no me divertía tanto pero por complacer a Margarita la acompañaba a ver *Se necesita una amiga* y las películas mexicanas de Pedro Infante y Jorge Negrete y las que más le gustaban que eran con Libertad Lamarque y Arturo de Córdoba, plagadas de hijos naturales y encrucijadas más reales que la vida misma, donde siempre una muchacha pobre resultaba ser la hija de un caballero adinerado y la madre del muchacho, que era mala, se daba cuenta de lo envidiosa de su belleza y bondad que había sido, otras terminaban mal, pero en general salían bien las cosas al final y Libertad Lamarque era siempre una cantante de cabaret avergonzada porque su hija era la hija de una cantante, pero con mucha dignidad y orgullo que luego le reconocían. La que más nos gustó fue *Dios se lo pague*. Luego pasaban las *Aventuras de Rin Tin Tin* con el cabo Rosty, el teniente Masters y el sargento O'Hara, y *Lassie Furia*, todas esas de animales. También veíamos *La craneoteca de los genios* con Neutrón López, Péndulo Mamerto y Safo Mendieta, y los concursos copiando a los americanos, como el que todo el mundo vio de *Cuánto tiene el pote*, *Cecilia*, y *Monte sus cauchos Good Year*. Después de *El Observador Creole*, que era lo único que le interesaba a papá, nos quedábamos con mi abuela viendo las comedias, que era lo mejor, sobre todo las que protagonizaba

Enrique Faillace.

Es largo escapar de la infancia. No creo que sea ni nostalgia, es sólo el recuerdo del aguacero mientras mi abuela leía noticias ya remotas. Es sólo el ruido de la lluvia mientras los pájaros enloquecidos morían contra los cristales. El agua se nos metía así dentro de la tarde y la tarde adentro nuestro y mi abuela decía qué aguacero. La tarde, no sé si era historia, se nos venía tan cerca, me parecía que era sólo eso, esta tarde, una tarde. Mi abuela se acordaba del exilio y me decía cuando seas grande verás que en otras partes no llueve así. Me acordé después en un París negro de estaciones de tren, emergiendo a una lluvia lenta y fina que no llevaba por dentro, sólo por encima del abrigo, muy ajena y engorrosa. Puede ser que sí, que del aguacero y otras cosas venga la nostalgia. Pero también había esos días asoleados, implacables, tranquilos, tropicales arrinconándose a nuestro lado, saltando alborotados junto a la vida tan ordenada y cómo no ordenarla y evitar que se desparramara toda con la fuerza de un bello animal nunca dispuesto al cautiverio. Y es que Isabel nunca se resignó a dejar de buscar el encuentro inesperado, la coincidencia, siempre imaginando una presencia más allá del tiempo, algo bien complicado, decía ella misma. Al mismo tiempo le daba como flojera la vida y la meta vida y hasta la vida sin meta. No te rías, me regañaba, mira que éstas son vainas serias, son las que uno piensa cuando tiene quince años y las calles no van todavía a ninguna parte, y se esparce una grandísima tristeza sobre el diario secreto y los poemas escritos a medianoche. Ya no me acordaba, Isabel, de ese dolor de ver los propios gestos tomando matices de adulto y estrenando inflexiones de la voz como las de mamá o la profesora de literatura, ya no

me acordaba, y sin embargo ahora siento un desgarramiento. Pero no seas cursi, se burlaba, a cualquiera le duele la adolescencia y qué le vas a hacer. Quién la entiende.

De mi infancia, decía tía Olga, es poco lo que recuerdo. Unas tardes infinitas en casa de unas amigas de mamá, señoras muy respetables que cosían el día entero vestidos de niñas y faldelines de recién nacidos, velos de novia y hacían arreglos de las sábanas y colchas de las camas y fundas para las almohadas y bordaban manteles y servilletas y fabricaban pañitos de cocina. Yo nunca aprendí a coser y eso lo he lamentado después porque sin la cocina puedes salir adelante, pero la costura es algo imprescindible, tú deberías aprender a coser para el día de mañana, cuando te cases y tengas unos hijos te darás cuenta de lo que te digo. Pues recuerdo las tardes de costura y también cuando iba al colegio, al Sacré Coeur, donde aprendíamos de todo, porque la gente cree ahora que la educación moderna es mejor pero no me lo parece en absoluto, la letra, por ejemplo, la caligrafía, pasábamos horas ejercitándonos con las plumillas y los tinteros hasta que lográbamos escribir sin ningún error, los ejercicios de composición en francés y en español, eso era interesantísimo, y a fin de curso repartían los premios de composición de los que yo casi siempre ganaba alguno, composiciones de cualquier clase, por ejemplo un paseo a Los Teques, o una mañana en el mercado, o un incidente cualquiera, era cuestión de narrar, de relatar, pero a la vez que fuera una composición perfecta gramaticalmente, cumpliendo todas las reglas de la sintaxis, eso, por ejemplo, yo no veo que los jóvenes de hoy lo aprendan, y también recibíamos

clases de historia, de literatura, de geografía, era como una cultura general, pero muy bien pensada, te advierto, llegabas a saber casi todo lo que te hacía falta para mantener una conversación. Y otras enseñanzas que son de utilidad para una mujer, por ejemplo, cómo caminar, tú crees que uno camina de cualquier manera porque se trata sólo de mover las piernas, pues no, hay maneras y maneras de caminar. Entonces venía una profesora de estilo y nos ponía a desfilarse con unos libros en la cabeza, eso te obliga a una elegancia de movimientos, a una cierta elasticidad y delicadeza en la elevación del busto, una tensión en el despegar de las caderas, es una gracia que se adquiere, naturalmente las había mejor dotadas que otras, yo por ejemplo fui siempre de las más elegantes porque tenía las clases de ballet y además una disposición natural para el movimiento, el ritmo del cuerpo. También aprendíamos cómo arreglar la mesa, que no es poner los platos como creen ahora sino un estilo, una forma que tiene sus reglas y naturalmente su toque propio, pero esas son cosas que se aprenden, son muchas las comidas a las que yo he ido y casas de gente muy bien, no te creas, pero que aquella mesa da dolor ver cómo está puesta, todos los cubiertos al revés y las copas en cualquier orden. Confeccionar un menú, que no es solamente cocinar, es buscar sabores que se entiendan, que lleven una gradación, que los unos no se maten con los otros, al igual que los vinos, pero yo de vinos no sé tanto, en general el énfasis estaba en la comida. Disponer la compra, lo que había que ordenar en la mañana para las comidas del día, cómo darle instrucciones al servicio, cómo reconocer si una ropa está bien planchada o si le quedan pliegues arrugados escondidos. El arreglo de las flores, y también algo de pintura, no

para ser artistas, sino para tener cierta idea de cómo se componen los colores, cómo armonizan, que tiene derivaciones utilísimas porque lo puedes después aplicar a la ropa, a los muebles, a las cortinas, y la música, que ha sido siempre la que más me ha gustado de todas las artes. Venía la profesora de piano, y además de darnos cierta idea para tocar alguna pieza sencillita nos enseñaba la historia de los instrumentos, el reconocimiento de sus diferentes sonidos, la apreciación para el disfrute de una ópera, una sonata, una canción lírica. Era una educación muy siglo XIX, si tú quieres, pero yo siempre he considerado el siglo XIX como el más interesante de todos. También he sido muy moderna en otras cosas, ya te contaré, pero sin duda el siglo XIX fue el momento máximo de exaltación de los sentimientos y yo me identifico mucho con eso. Hay personas que opinan que el humanismo pertenece a la época clásica o al renacimiento, pero yo he sido siempre muy partidaria del romanticismo, del descubrimiento del individuo en sus contradicciones, de la pérdida de la fe en los valores colectivos que yo creo se inicia entonces, del sentimiento trágico de la existencia, de un pesimismo humanista que comienza a explorar las contradicciones del individuo con la sociedad y consigo mismo, que dará origen a los pensamientos que intentarán explicar esas contradicciones, de un humanismo que a diferencia del clásico no cultiva la belleza ni el orden ni el placer si no otros términos del hombre, como la muerte, el olvido, la pasión, el sufrimiento que ocupa a los hombres desasistidos de los dioses y busca centrar su causa en sí mismos y ordenarles un lugar en un sitio terreno, fuera de las arcadias de la razón, en la desolada explanada de un mundo cercado por hombres, donde la soledad subjetiva toma preeminencia y

se expande y el individuo se recrea en ella, donde el cultivo del pasado no lo es ya de los paraísos perdidos en las míticas edades clásicas sino en la nostalgia personal de cada uno por su propia vida arrojada al tiempo, donde la exaltación del sentimiento tiene por objeto perpetuar el momento, detenerlo, morir incluso en el clímax del amor para no perderlo, morir antes que olvidar, intentar retener para siempre la duración de la subjetividad, amenazada continuamente. Pero te estaba hablando de mi infancia y me fui del tema. Recuerdo también la época en que temperábamos en Los Chorros, que fue sin duda la más agradable, bañarnos en los pozos, montarnos en un trapecio colgado de una mata de mango, pasearnos en burro, era una infancia que puede llamarse feliz, incluso bucólica, jugando un poco a las campesinitas, teníamos también nuestro pequeño Trianón, un quiosco algo alejado de la avenida de árboles que conducía hasta la casa, era el lugar para nuestros juegos, representaciones de teatro que interpretábamos para los adultos, un guiñol para los títeres, organizábamos almuerzos campesinos y llevábamos allí lo necesario para hacer como un *picnic*. También había los carnavales que eran muchísimo más civilizados que los de ahora, yo recuerdo uno en que me disfracé de aldeana y tu mamá de princesa que quedó extraordinario el contraste. Pero sin duda lo más exitoso fue una fiesta de Blanca Nieves que tuvo una repercusión enorme, la envidia de todas mis amigas, te puedo decir. Yo era Blanca Nieves, por supuesto, y los primos estaban disfrazados de enanitos, mi prima Carola de bruja, todos los adornos eran alusivos, una verdadera maravilla que había traído mamá de París. Tenía la casita que fue necesario construir pero de verdad, la hizo el jardinero con ladrillos y todo y luego que-

dó de perrera, la cueva de la bruja que la fabricaron mamá y mis tías con papel y sacos, el bosque era todo el jardín. Se parece a la que te hizo Mercedes de holandesa, que todas las mesas tenían sus molinos y la piñata era un tulipán, pero no se puede comparar porque en la de Blanca Nieves, todos, absolutamente todos los detalles eran genuinos y se hacía representar el cuento, con la música, los enanitos que salían bailando con sus azadones y palas, la escena de la manzana que me quedaba muy bien y la ensayamos muchas veces, un éxito total. Pues como te digo, en el fondo era una infancia feliz o por lo menos mucho más feliz que la de los niños de ahora. Da mucho consuelo pensar que después de todos los sinsabores de la vida uno recuerda su infancia como lo que llaman el paraíso perdido que sostiene algo de lo que por lo menos uno no se arrepiente, algo que le proporciona a uno cierta ventaja sobre los demás que quizás no han podido disfrutar de lo mismo, no han tenido la misma suerte. Porque evidentemente las mujeres ahora tienen muchísima más libertad, yo por lo menos, si fuera joven, sin duda estudiaría algo o hubiera realizado mi vocación artística pero entonces, cuando pienso en todas las oportunidades perdidas, pienso también en mi infancia. No podría decirse que todo fue color de rosa pero desde luego había algo diferente y es que no se usaba el estar mezclando a los niños con las tragedias sino que la infancia era como un mundo aparte, comprendes, tú eras una niña y eso era como una categoría, una clase, una casta casi y todo el mundo te trataba así y tú a los demás también. Eso quería decir que estabas en la edad de obedecer, en la edad de saludar a las señoras, en la edad de retirarte cuando los adultos hablaban, en la edad de estar callada cuando papá leía el periódico, en la edad de acostar-

te temprano, y de la misma manera los adultos se esforzaban en tratar a los niños como tales y en no violentar su paraíso. A mí me horroriza esto que sucede ahora que los niños estén enteradísimos de todos los líos sentimentales de los padres, de los divorcios, las enfermedades, las guerras, la pobreza, en fin, todo lo desagradable del mundo. Y además que yo creo que en aquella época los padres no tenían líos sentimentales, eso no se usaba para nada, los padres eran papá y mamá y nada más y sus vidas amorosas o no las tenían o se guardaban muy bien de decirlas. No te voy a negar que de vez en cuando una sirvienta indiscreta se encargara de comentarle algo a los niños pero lo más probable es que fuera inmediatamente expulsada, eso era gravísimo. Yo tenía una cargadora que se llamaba Indalecia, bueno pues la queríamos muchísimo, incluso tu mamá que tenía la suya, que era Benita, quería muchísimo más a Indalecia porque era incomparablemente más dulce y con más imaginación para los juegos, bueno, pues a la tal Indalecia se le ocurrió un día decirnos que Gustavo mi tío no se había muerto de la caída de un caballo como nos dijeron papá y mamá, sino que lo habían matado en un burdel y no te digo la que se armó, Indalecia no duró un instante más en la casa y te aseguro que la adorábamos y que mamá lloró cuando se fue porque yo la vi pero en eso era inflexible. Entonces te sonaba de repente que había alguna desdicha familiar, algún chisme, o historias incluso de otra época, de alguna señora que hubiera dado un escandalazo, pero era muy lejano, como ráfagas que no te tocaban para nada y también que pasaban muchas menos cosas porque la gente se cuidaba. Mi tío Gustavo era el hermano menor de papá, naturalmente tú no lo conociste porque murió muy

joven, fue un poco la oveja negra, llevaba una vida completamente disipada, del estilo de tu primo Carlos Eduardo y sufrió muchísimo, se enamoró perdidamente de una señora que no te voy a mencionar porque por ahí anda todavía y en esa época era una mujer casada, luego enviudó pero entonces estaba casadísima y con alguien pesado, así que pensar en un divorcio era imposible y eso a él le hizo sufrir muchísimo y fue decayendo de tal manera que no andaba sino con mujeres de muy baja clase, tú me entiendes, y un día nos avisaron que estaba herido en un bar de mala muerte, un burdel podría decirse, y cuando papá llegó a buscarlo, nada, no había nada que hacer, murió allí mismo. Por supuesto, a tu madre y a mí nos dijeron que se había caído de un caballo y toda esa historia que era totalmente falsa pero si te pones a ver, qué necesidad teníamos nosotras de saber que nuestro tío había muerto de esa manera, ninguna, y si tú quieres lo del caballo es mucho más elegante. La elegancia no es sólo una manera de vivir sino también de morir. Por ejemplo, mi primo José Antonio murió en Davos, en un sanatorio donde iba toda la nobleza europea y gente muy bien de todas partes del mundo, escritores, artistas, el lugar nada menos donde se desarrolla la novela tan conocida, *La montaña mágica*, entonces la muerte de José Antonio fue elegante, aunque estoy de acuerdo que siempre es triste morir en la juventud, pero de cómo murió Gustavo a cómo murió José Antonio no hay punto de comparación. De mi adolescencia, pues, qué quieres que te diga, también fue feliz pero un poco menos que mi infancia diría yo, porque ahora he llegado a lo que podría llamarse una visión crítica de mi adolescencia que en ese momento no tenía y pienso que mamá cometió muchísimos errores en mi educación, por

ejemplo, lo del ballet. La idea del ballet la que me la metió en la cabeza fue ella, porque de dónde iba a sacar yo que quería bailar, la que se empeñó en que fuera a bailar a la academia de Madame Mitzou fue ella y después cuando descubrí que ésa era mi vocación y que además tenía realmente aptitudes se armó toda la tragedia. Madame Mitzou no era francesa, era rusa y vino a parar aquí porque al marido que sí era francés lo habían condenado a Cayena, al parecer era inocente, pero lo acusaron de un crimen y lo pusieron preso y vino a dar a Cayena que era un lugar espantoso, como te imaginarás, pero el hombre era vivísimo y logró escaparse y cuando llegó a Caracas instaló un restaurante que fue famosísimo y se trajo a Madame Mitzou que comenzó a dar las clases de ballet, realmente era una mujer de mucha sensibilidad y con una capacidad pedagógica extraordinaria, yo fui de sus alumnas preferidas porque ella se dio muy bien cuenta de que yo quería llegar a ser bailarina. En esa época tú sabes que estábamos en plena dictadura del general Gómez, un hombre feroz y sumamente rapaz diría yo, y papá tenía su carácter, así que cuando Gómez empezó a molestarlo en unos negocios que estaba haciendo, y en los que quería participar, papá se negó y caímos en desgracia, terminamos yéndonos porque atravesársele a Gómez no era cualquier cosa, era muy peligroso y papá en eso era de mucho sentido práctico y no quiso terminar muriéndose de héroe en La Rotunda y prefirió exiliarse. Ten en cuenta que papá había formado parte de una conjura para matarlo, que evidentemente fracasó, y quedarse después de eso hubiera sido tentar el destino y como mucha otra gente nos fuimos a Europa. Vendimos la casa de Los Chorros y la de Macuto y sólo nos quedamos con la de Veroes, ¿tú te acuerdas de la

casa de Veroes?, no, qué te vas a acordar si no habías nacido, pero la has visto después cuando fue edificio de apartamentos, ahora ya no existe claro, hay una torre de una compañía de seguros inmensa, bueno, pues con el dinero de las casas y unas inversiones que papá tenía en Estados Unidos nos fuimos a París y gran parte de mi juventud transcurrió allí. Papá fue un lince en los negocios, lo que ahora llamarían un capitán de empresa, un hombre que contribuyó muchísimo al desarrollo del país y que inició negocios novedosísimos. Por ejemplo, fue de las primeras personas en darse cuenta de lo que representaba la luz eléctrica, invirtió bastante dinero cuando otros pensaban que eso era una tontería. Ahora a ti te parecerá una tontería pero a fin de siglo la gente no lo comprendía, éste era un país muy atrasado, y papá llegó a ser uno de los principales accionistas, eso era casi una temeridad para mucha gente acostumbrada a las velas y a los candiles. Bueno, y las compañías de los trenes europeos que instalaron una cantidad de ferrocarriles, todo eso lo quitaron porque siempre este país ha tenido la manía de quitarlo todo, una verdadera pasión del despojo, él también invirtió en eso porque era un hombre de mentalidad muy moderna, su gran frustración fue la de no haber sido político como tu bisabuelo, pero en eso no le fue bien porque no quiso ser gomecista y cuando volvió del exilio ya estaba muy viejo para empezar una carrera política y el país había cambiado mucho, eran otros tiempos. Cuando volvimos la vida nos cambió bastante, quizás a tu madre menos porque ella ha sido siempre más dúctil, más acomodada a las circunstancias diría yo, pero cuando regresé de Europa encontré que no tenía ya mucho que ver con toda esa gente, la parentela quiero decir, las amistades impuestas por mamá que decidí

repudiar en bloque. Las encontraba muy prejuiciadas y demasiado ricas, porque hubo muchísimas familias que antes no eran nadie y que con el asunto del petróleo no te cuento los humos que se les pusieron, gente que no conocíamos, que no se nos hubiera ocurrido frecuentar. Empezaron a darse unas fiestas de un lujo y una ostentación que sinceramente no se merecían, gente que no eran nadie, auténticos *parvenus*, de una gran cursilería porque la gente que siempre había estado en la sociedad conocida era muchísimo más modesta y no pretendía ese boato de *Las mil y una noches*. Nosotros desde luego teníamos una posición acomodada pero, al lado de una cantidad de esos cursis, resultábamos con mucho menos dinero, no teníamos para gastar a todo trapo. Y también, si tú quieres, encontraba a mis antiguas amistades muy atrasadas, muy provincianas. Hablaban todo el tiempo del Club Paraíso y de las fiestas, de cosas yo diría de menor importancia, sin que quiera hacerte pensar que a mí no me interesaban las fiestas, por supuesto que me interesaban, pero también otras cosas. Y después me fastidiaba un poco la actitud de desprecio tan marcada que tenían hacia las muchachas de medio palo, la forma en que erigían una barrera invisible pero impenetrable entre ellas y nosotras. Yo tenía una amiga que no era una muchacha de nuestra condición, tampoco es que tuviéramos gran intimidad, pero en fin nos conocíamos y hablábamos de vez en cuando, habíamos coincidido en el cine, creo que en *Intermezzo* de Ingrid Bergman o quizás en las comedias de Katherine Hepburn que eran deliciosas, bueno, esta amiga me contaba todas las trifulcas que se armaban en el Club Florida, adonde desde luego no me hubieran dejado ir ni yo tampoco hubiera querido, te confieso, pero me daba curiosidad

los líos que ella me contaba de sus novios y de las otras muchachas que indudablemente tenían mucho más libertad que nosotras, esta que te cuento fue de las que metieron la pata, de las de mi condición no recuerdo que ninguna metiera la pata, creo que hubo una pero la casaron enseguida y todo pasó bastante inadvertido. A este tipo de muchachas las despreciábamos, y creo que ellas nos detestaban a nosotras y se comprende, porque éramos de una clase social superior y eso se notaba en cualquier cosa, en la forma de utilizar las palabras francesas, en la forma de vestirse, de hablar, de cualquier cosa, en lo cursi, porque hubo una que no te voy a mencionar pero que cuando se casó invitó a toda la sociedad y se hizo el vestido de novia copiado del de la reina de Inglaterra, que tú comprenderás que eso no se le ocurre a nadie. Nosotras los hacíamos con costureras muy buenas y las más ricas lo encargaban a París o a Madrid, pero a nadie se le hubiera ocurrido disfrazarse de reina, y sin embargo muchas de ellas han llegado a tener muchísimo dinero y hoy en día cuántos matrimonios no han habido con las hijas de esas que tanto despreciamos, pero entonces no se pensaba en la cantidad de cambios que sobrevendrían ni nosotras teníamos otra meta que no fuera casarnos y ser felices. Pero bueno, tampoco quiero darte la impresión de que cuando regresé fui muy desgraciada, había muchísimas cosas divertidas que hacer, por ejemplo, los domingos íbamos a Los Caobos como entre once y doce de la mañana, se paseaba en automóvil, los jóvenes se encontraban y conversaban un rato, también había temporadas de ópera en el Municipal, conciertos, recuerdo mucho a Nicanor Zabaleta, a Malcuzyński, y este recitador tan famoso, cómo se llamaba, González Marín, que recitaba las poesías de Lorca que

era una maravilla, bueno y Berta Singerman, llena de velos, de una teatralidad extraordinaria. También íbamos a la playa, a Los Teques, a fiestas en las casas, no era una vida triste, lo que sucedía es que el exilio me había producido cierta lejanía, cierta distancia para mirar las mismas cosas y ya no me encontraba tan cómoda. Ahora si quieres que te diga cuál fue la tragedia de mi vida, en realidad fueron dos. La primera la negativa de papá a que yo bailara o hiciera teatro, que eran profesiones relacionadas pero que naturalmente él no consideró nunca profesiones sino actividades de mujeres ligeras, de cómicas. Con el ballet fue tajante y me sacaron de las clases de Madame Mitzou con la cuestión de que nos íbamos a Europa, de eso ya no se habló más. Cuando volví seguía siendo muy joven pero tú sabes que una balletista tiene que empezar a lo más tardar entre los trece o catorce, después el cuerpo no responde, así que ya yo sabía que esa vía estaba cerrada y lo intenté de nuevo por el lado del teatro. Se me presentó una oportunidad cuando en el Municipal representaron una obra francesa, el nombre me matas y no lo recuerdo ahora, pero sí que el papel principal era de una jovencita aldeana y la obra se hacía a beneficio de la Cruz Roja, tuve un éxito loco y eso sí me lo dejaron representar porque estaba organizado por unas amigas de mamá y se entendía que era un gesto benéfico, caritativo. Luego tuve una segunda oportunidad cuando vino la compañía de teatro de Louis Jouvet que fue conocidísima, todo el mundo se compraba el abono para las representaciones. Allí me metieron de comparsa porque otras amigas mías también actuaban y se consideraba pedagógico, sólo escogían a las que hablábamos muy bien francés y eran obras de teatro clásico, en eso también me dejaron y actué en un papelito

secundario que creo no tenía más de dos frases en toda la obra y eso que eran tres actos. Pero después intenté entrar en una escuela de arte dramático y ahí sí hubo una negativa definitiva. Pero lo que considero yo que fue la gran tragedia de mi vida es cómo me contrariaron mi gran amor, al punto de decidir entonces que no me casaría nunca y así lo hice, y no que me faltaran pretendientes porque no tienes más que ver las fotos, ahora estoy viejísima y muy gorda pero en aquella época era, como se decía, tumbadora. Contra ese matrimonio hubo un frente de oposición total, una batalla que yo di por mucho tiempo, no creas que me rendí a la primera, fueron lágrimas, crisis, discusiones, violencias, huelgas de hambre, pero vencieron ellos. Era una *mésalliance* y era inútil, mientras vivieran no consentirían y mi único camino era convencerlos o fugarme y realmente a darme a la fuga no me atreví. Todavía me da muchísima rabia cuando lo pienso porque hoy en día no hubiera sido ninguna tragedia ni nadie me hubiera peleado el matrimonio como lo hicieron, pero a cada cual le toca su tiempo y ése fue el que me tocó. Era un hombre inteligentísimo, un intelectual, un político, un hombre importantísimo que estuvo metido en todo aquello del 18 de Octubre, en fin, un demócrata, pero ellos dijeron que era comunista y como la familia no era de la misma condición que la nuestra, aunque eran totalmente blancos y una gente muy honesta y bien educada, pero no exactamente lo mismo, y les horrorizó que fuera político, todo en contra, de forma tal que no me quedó sino renunciar y te advierto que él también sufrió muchísimo y por bastantes años no se casó esperándome pero ya la vida había tomado su curso. Hoy en día lo veo como lo más injusto del mundo porque ser adeco no es ninguna mala palabra y

cuántos matrimonios no se han hecho que han resultado alabadísimos y deseadísimos, pero en aquella época tenía un sentido muy diferente, se consideraba de mal gusto, populachero, comunista, es la óptica de los tiempos que te da vuelta completamente a las cosas y que hace que el sentido cambie de forma tal que pareciera que no se tratara de lo mismo, y en realidad no se trata de lo mismo, todo ha cambiado, la mala suerte es la de quienes como yo vivimos entre las intersecciones de la historia, ni pertenecemos al mundo de antes ni entramos en el tiempo nuevo, así que me fui quedando un poco en la casa, acompañando a tus abuelos, viéndolos crecer a ustedes. Me extraña que te interesen estas cosas porque hasta se me estaban olvidando, uno no puede estar todo el tiempo dándole vueltas al pasado, y claro que sentí muchísima envidia cuando tu madre se casó porque ella sin duda tuvo más suerte, la suerte de hacer coincidir su amor con lo esperado, con lo conveniente, su amor en suma coincidió con el amor de todos, aunque yo siempre he pensado que tu padre es un mediocre, pero es una mediocridad aceptada y desde luego ha sido más feliz, más que yo por lo menos, que siempre me empeñé en destinos que no me tocaban y eso es algo muy importante que debes aprender y es a amar el destino que te toca. *Chi vuole innamorarsi ci deve ben pensar: amore e un certo fuoco che si s' accende un poco eterno suol durar. Chi vuole innamorarsi ci deve ben pensar.*

Mi bisabuelo vivió épocas de esplendor. De las haciendas de mi tatarabuela María Antonia en los llanos y en los valles, que hubieran representado hoy en día una fortuna incalculable, no quedaron muchas propiedades porque fueron en parte mal vendidas a un caudillo liberal y en parte saqueadas y quemadas durante las guerras de la Federación, pero mi bisabuelo Rafael Antonio fue abogado y político y volvió a ser rico porque así estaba en su destino. Suya fue la casa de Macuto vendida por mis abuelos antes de viajar a Europa, construida según planos originales de una villa de verano de la Costa Azul, y siempre se recordó el primer comentario de mamá al llegar a Niza, cuando dijo que las casas se parecían mucho a la de su abuelito en Macuto. Era una edificación de dos plantas con doble balconera, sostenida por columnas de capiteles corintios y frente de media altura con calados de concreto que reemplazaban los auténticos de madera pero igualmente seguían un diseño de encajes. El corredor de la planta baja era amplio, de piso de mosaicos y refrescado por la brisa que corría entre los uveros a lo largo de la avenida que bordeaba el mar, estaba amueblado con butacones de mimbre blanco y a él abrían los grandes ventanales del comedor y de la sala. El parque era hacia la parte posterior, relativamente pequeño en comparación con el tamaño de la casa pero enorme hacia adelante, cruzado por un camino de tierra que comunicaba la puerta prin-

cipal con las verjas de hierro fundido, insertadas dentro de columnas gruesas y pequeñas, rematadas por jarrones de los que colgaban geranios. Al frente de la puerta principal una rotonda de flores servía de círculo distribuidor de pequeños senderos que se perdían en el jardín y morían bajo las inmensas matas de caucho, cuyas raíces sobresalían en tal medida de la tierra que servían de bancos a los niños. Mamá y tía Olga recordaban que en su infancia habían jugado muchas veces en el parque donde mi bisabuelo se refugiaba largas temporadas después de haber renunciado a su cargo de ministro. La casa tuvo una vida corta, como si de alguna manera su existencia se hubiera consustanciado con la de aquella para quien fue construida, mi bisabuela Isabel. Luego de su venta fue remodelada para hotel de temporadistas y más tarde expropiada a sus compradores para ser convertida en residencia de niños abandonados, durante el período democrático, sin embargo en algún vaivén gubernamental pasó de nuevo a la propiedad privada y en su lugar se alzó un edificio de apartamentos, derrumbado en el terremoto del 67, el solar cubierto por la maleza y los cascotes desparramados permanece vacío en la avenida como un espacio extrañamente no ocupado, de la misma manera como quedan a veces en la vida de las personas el lugar de algunos muertos.

El Ilustre Americano, Regenerador y Pacificador de Venezuela, General Antonio Guzmán Blanco, viajó a París vía Nueva York, en el vapor Filadelfia, escribía mi bisabuelo en su diario, y ratificó su decisión de ausentarse del país por tiempo indefinido. El anunciado retiro luce contradictorio con el hecho cierto de que se ha marchado sin renunciar a la presidencia de la República, y todo parece indicar que conservará la titularidad de la Primera Magistratura durante los ocho

meses que faltan para la conclusión del período y que cierran en 1888. Leo en la prensa que un escritor de temas culturales comenta su autocracia y egolatría, su afrancesamiento y rapacidad, pero sin duda olvida el peso que ha dado a los problemas culturales y el impulso civilizador que pretendió imprimir a este país. Sólo el empeño que puso en la inauguración del teatro que lleva su nombre es prueba de ello. Recuerdo muy bien que mi padre y Malena, mi hermana, asistieron a su inauguración y quedaron abismados de su lujo y magnificencia. El mismo General escogió el mobiliario y ordenó sus planos a los mejores arquitectos de Estados Unidos, revisó personalmente los grupos escultóricos que decorarían el vestíbulo principal, uno de ellos representaba la Paz, en conmemoración de sí mismo, y estaba rodeado de tres musas que simbolizaban la escultura, la música y la pintura como homenaje a las artes. Algunos consideraron su autorrepresentación escultórica como un signo de divinización pero quizás porque desconocen ahora el ensañamiento de nuestras contiendas civiles. En el propio centro del foyer hizo colocar su busto, que sí convengo en considerarlo como un detalle innecesario, puesto que ya se había relevado alegóricamente no era necesaria su efigie. Son muchas las obras públicas que este país desagradecido debe a su afán de convertir un pequeño pueblo en una ciudad europea, el Palacio Federal, la nueva Universidad, el Templo Masónico, el Calvario en cuya cúspide de nuevo hizo levantar su estatua ecuestre con bicornio emplumado para saludar así a toda la ciudad, la Plaza Bolívar, el Capitolio, el Museo de Historia Natural, la imprenta de vapor, el ferrocarril Caracas-La Guaira, y el establecimiento del teléfono, siendo él quien hiciera la primera llamada desde la Casa Amarilla. Dirán lo que quieran y sé muy bien que muchas voces en sordina criticaron duramente a papá por su admiración hacia Guzmán, así como el haber abrazado la causa liberal perteneciendo a una familia de raigambre conservadora, pero quisiera saber si todos los que no aceptaron abdicar de su título de godos, po-

drán con el correr de los tiempos mantener su conservadurismo y asegurar que no se enriquecerán al calor de los gobiernos de turno.

Mi bisabuela Isabel era hija de indianos de verdad, es decir, que sus padres eran gallegos que a mediados del siglo XIX habían emigrado a Guatemala, donde ella nació así como su hermano Alfonso. Ese trozo de la genealogía me resultaba bastante oscuro porque mi abuela tenía de él muchas lagunas, sólo sé que los gallegos regresaron a España después de haberse enriquecido y que Alfonso construyó un caserón en todo el frente de la bahía de Santander, porque su mujer era de allí y no quiso vivir en Galicia. Parece que sus padres, mis tatarabuelos indianos, murieron pronto, y en el caserón vivieron Alfonso y su mujer con Isabel, hasta que mi bisabuelo la conoció y se casó con ella. La historia es curiosa y vale la pena mencionarla. Mi bisabuelo era abogado, como ya dije, y sus rentas eran exiguas, así que buscaba hacerse clientela y destacar en su profesión, pero no eran tantos los casos que le encomendaban ni muchos los pesos que ganaba, un día leyó en la prensa el siguiente aviso: “Súplica. Se desea saber el paradero del señor Agustín Barrau y Gil que residía en San Fernando de Apure donde tenía negocios en sociedad. Nuestro corresponsal en Barcelona de España nos pide este informe para transmitirlo a la atribulada familia de aquel señor. Suplicamos a nuestros agentes y suscriptores del interior de la República se dignen darnos algún informe si pudieran hacerlo”. Entonces se le ocurrió escribir a los hijos de su tía María Clara que todavía conservaban tierras en los llanos y pedirles informes. No encontró nada demasiado definitivo pero sí algunas huellas del tal Agustín Barrau, del cual se decía que había huido a Colombia, y con esa noticia escribió a los parientes de Barcelona,

quienes le encargaron el caso. Parece que a los parientes, que lo eran en grado bastante lejano, les interesaba sobre todo averiguar acerca de los negocios del citado porque para emprenderlo había llevado mucho dinero de ellos en préstamo y hasta la fecha no tenían noticias suyas, y comenzaban a dar por perdida la inversión. Mi bisabuelo logró que del dinero que Barrau había tomado de sus parientes se devolviera una cuantiosa parte, porque pudo demostrar que no sólo el capital sino sus ganancias eran en sociedad, y viajó a España a devolvérselo a los parientes, recibiendo a cambio un sustancioso pago por sus gestiones. Allí decidió quedarse un tiempo largo y disfrutar de sus honorarios, visitó Guipúzcoa de donde era su abuelo, y llegó hasta Santander que era en aquel tiempo un balneario de moda y donde conoció a Isabel.

El caserón de Alfonso puede aún verse emplazado solitariamente entre los nuevos hoteles y chalets que mantienen ya no el aire de balneario fin de siglo a lo Deauville, pero sí una animada estación de verano. Desde la calle en subida se abre un camino de gravilla que muere en una amplia escalinata, acceso al palacete más bien afrancesado de tres plantas, con ventanas neoclásicas que rematan en una azotea resguardada por bajos muros calados y una pequeña torre decorada con columnillas y efigies de caballos. Esculpidos en la piedra resaltan los falsos blasones de la familia, símbolo de la nostalgia de todo hombre rico por el linaje que no tuvo. Al frente se dibuja un jardín de cuidadosas hileras de flores, que se extiende hasta el muro de piedra amarillenta que separa la propiedad de la avenida, en otros tiempos seguramente prolongación de la playa. Las ventanas cerradas al bullicio exterior sugieren ausencia y

extemporaneidad en contraste con el ambiente movido y festivo del pleno mes de agosto. Se abría la posibilidad de que allí Alfonso e Isabel se hubieran despedido cuando ella se iba a América o mejor dicho volvía para siempre. No supimos más de él, si murió en el caserón de Santander o regresó a Galicia; si tuvo hijos, nuestros desconocidos primos indianos. Quedaron como trazos abandonados junto al palacete, como quizás es necesario en cualquier secuencia que determinados fragmentos se pierdan en forma tal que ni siquiera el azar o la imaginación puedan devolverles su curso. Líneas que sabemos podríamos inventar pero hacerlo sería solamente un uso violentado de lenguaje porque así como la reconstrucción del pasado o del futuro es posible llevarla a cabo siempre y cuando sostengamos su límite, y no queramos dar a las palabras un valor ficticio y artificioso abusando de su capacidad de composición, es también en algunos momentos necesario respetar la imposibilidad de restauración a que se ve sometido todo aquel que intenta narrar. El vacío y soledad de aquel palacete, construcción bastante foránea pero típica de la región, o el abatimiento de la casa de Macuto, totalmente exótica pero paradójicamente típica también de la suya, representan en su negación la de sus habitantes y primeros constructores.

La muerte tiene siempre un más allá de las palabras, un no sé qué irreproducible, pues, aun cuando es siempre posible adornarla con los fantasmas de la imaginación, nos resulta evidente que su fantasmaticización no es sino el intento de aproximarla, de apaciguarla, de calmar su pasión voraz, su celo implacable, su afán omnívoro, y ya estas frases descriptivas marcan un relleno ilusorio, una necesidad de definirla como hacemos con los otros fenómenos de la natura-

leza. Pero he ahí precisamente su esencia, la de sernos inaccesible, la de tener una condición inapresable, pues nada de lo que conocemos se le asemeja, y sólo entendemos de ella sus consecuencias, y aun así no las comprendemos, sólo las designamos. Se revelan en lo que queda, en el residuo que nos deja en su capacidad de negarnos, de abrir libres espacios a nuestra imaginación y nada más. Es quizás el inútil duelo contra ella lo que nos lleva a narrar, como si al escribir conjuráramos presencias que pudieran ocupar el vacío inalterable. El lector podrá a partir de aquí comprender una pregunta que la narradora oficial consignará en futuras páginas como la primera pregunta importante frustrada de su infancia, cuando quiso saber, y pensó que su maestra sabría, qué habría si el mundo no existiera, qué ocuparía el hueco del universo de estar éste negado por una mano poderosa. Es ésa la pregunta acerca de la muerte que ninguna maestra puede contestar: con qué puede ser llenada la oquedad; efecto, eco, apenas clave de la muerte, siendo ella el misterio por el cual pagamos el más alto tributo en llegar a conocer y que nos condena a la avaricia de no poderlo más nunca compartir. Por eso, si pienso en el recuerdo de Isabel, mi bisabuela, que siempre quedó con la imagen de muerta —pues hay quienes son personas que vivieron y un día fallecieron y otras que son muertos absolutos, muertos perpetuos que permanecen en nosotros con el oficio de agonizar siempre y continuamente, nunca enterrados, nunca cadáveres plenos, polvo bajo polvo, sino seres que veneramos y odiamos en su prolongación del estar muertos, y no podemos imaginarlos ni recrearlos en sus actos, como otros de quienes más bien dudamos de su inexistencia, tan pletórica fue su presencia; pero éstos, los muertos de oficio, son sólo como recuerdo

vital, un gesto, una tenue presencia, una ráfaga apenas, la espuma después que la ola rompe y nos fuerza a esperar la próxima formación de la onda, el aroma lejano al abandonar un bosque de eucaliptos, la bruma del mar cuando amanece, el último reflejo del sol en su ocultamiento, los diminutos rasgos de un pueblo que atravesamos y en el que hubiéramos querido morir, es decir, vivir siempre; eso innombrable que nos queda cuando viene un distanciamiento, esa mirada final que cae sobre el colegio que dejamos o sobre un ser que sabemos no podremos más amar, ese gesto en fin que nos huye y flota perdido entre tantos otros y que para siempre buscaremos en otras imágenes y en nuestro propio cuerpo esperando que lo repita—, por eso, retomo el hilo, si pienso en mi bisabuela Isabel, sé que estoy intentando narrar a alguien que tuvo entre nosotros el oficio y adjetivo de muerta, y por más que quisiera describirla no me llega nada. Sólo puedo presentirla a través del diario de mi bisabuelo, no puedo copiar su discurso ya que es característica de los vivos la posesión de la voz y están las palabras de los muertos de verás más allá de una frontera intraspasable, como si hubieran quedado poseedores de pensamientos mudos que pasean entre nosotros sin forma, y las nuestras chocaran contra una muralla que los separa y cayeran lastimadas al suelo, golpeadas, heridas muy fuerte, cuando tienen la audacia de querer alcanzarles ya que su pensamiento sin letra no es posible retraducirlo ni para el más hábil de los narradores. Es quizá la muerte el desierto de las palabras y en ella no se cultivan, tierra infértil en la que finalmente ahogaremos nuestros sollozos, y, en cambio, el dolor, prueba irrefutable de la vida y más dócil al discurso.

Así cuando muchas veces le pregunté a mi abuela por Isabel sólo encontré el silencio, y mi prima Isabel, que no se llamaba así por ella, puesto que no era su descendiente, me recriminaba diciéndome agota tu necrofilia que es de mal gusto; la reacción isabelina que ya ustedes conocen. Y como a veces lograba impresionarme con sus frases, me resta solamente por decir acerca de mi bisabuela Isabel el único recuerdo que mi abuela relataba: su sombra ligera en el balcón, inclinada hacia el jardín, mientras el pelo oscuro ondeaba sobre un vestido de encajes blancos, levantando la mano en el gesto de quien recoge algo que cayó en el aire.

Mi abuela siempre comentaba que su padre se había sentido muy orgulloso de la proclama del general Castro durante el bloqueo de las escuadras inglesas y alemanas y recitaba de memoria lo de “Venezolanos, la planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria”, ese gesto nacionalista, según él, lo rescataba de muchos de sus errores. Siempre lo recordó taciturno y preocupado, cada vez menos interesado en salir y descuidando sus obligaciones ministeriales hasta finalmente renunciar a ellas. Tenía como diversión la casa de Macuto y criaba allí unas palomas, las más de las horas las pasaba en soledad, releyendo libros en su habitación, hojeando los periódicos, volviendo a revisar las gacetas oficiales con las reseñas de sus actuaciones públicas y algunos detalles insólitos, como telegramas en los que encargaba a alguien de la compra de un caballo o de unos gallos de raza, lo que prueba que los acontecimientos públicos debían ser entonces escasos o grande el afán de utilizar el telégrafo. Escribía también un diario que lamentablemente destruyó por miedo a los espías de Gómez y del que sólo quedaron algunos fragmentos, de interés familiar,

desapareciendo los comentarios políticos y la letra menuda de los hechos históricos su intención era publicarlo a la caída o muerte de Gómez, pero ya se sabe que nuestro patriarca tuvo un otoño tan largo que llegó a invierno y por tanto, lo destruyó personalmente antes de morir, según contó tía Elena.

Fragmentos del diario.

Febrero 1894. *Ayer a las siete de la mañana se realizó el viaje inaugural del Gran Ferrocarril de Venezuela que cubrirá la ruta Caracas-Valencia. He invitado a Isabel a hacer una excursión hasta Los Teques que creo le prestará, por la pureza de su clima principia a usarse el paseo para los enfermos de pulmón y me preocupa su salud porque la veo un poco pálida. Le he conseguido las verdaderas pildoras del Dr. Blaud, se lee en la prensa que están empleadas con el mayor éxito desde hace más de cincuenta años por la mayor parte de los médicos franceses y extranjeros para curar la anemia y la clorosis (colores pálidos). Un amigo mío, muy dado al chascarrillo, dice que lo mejor para evitar que la gente tenga colores pálidos es mezclarnos con los mulatos, se lo he referido a Isabel y se ha reído mucho.*

Marzo 1896. *Hemos dado un paseo a la Hacienda Las Mercedes, es la primera salida que Isabel hace después del nacimiento de Clemencia. La he encontrado algo decaída y le costaba trabajo caminar, pero no quiso privarme de su compañía y muy despacio atravesamos el puente colgante sobre el Guaire, yo pensé que le asustaría pero no fue así, y creo que disfrutó el paseo y la caminata entre los cañaverales. Le gustó mucho y estuvo contemplando un buen rato cómo venían las mujeres al río a lavar la ropa y los cocheros de caballos para bañar a los animales.*

(1897. Se anota en el diario que ha sido instalada la luz

eléctrica en la casa de Veroes pero los comentarios son ilegibles.)

Abril 1898. *La muerte del general Joaquín Crespo pone fin a la trama caudillista que viene padeciendo el país desde Guzmán. Ahora la anarquía será mayor, es difícil adelantarse a los acontecimientos pero una cosa es clara, estallará una lucha entre pequeños jefes que rivalizan por el mando, todo el que tenga un trabuco y se haga llamar general por más de cien hombres aspirará al poder y estará dispuesto a guerrear para alcanzarlo. Es el momento de jugarse una carta y la apuesta al andino Cipriano Castro, es el único de todos ellos que puede verse libre de los últimos residuos del liberalismo amarillo, es audaz y autoritario y de mucha presencia entre su gente. Hoy en día he llegado a tener una buena reputación como abogado, mis opiniones políticas y comentarios de prensa se leen y se advierten, no me considero ni menos capaz ni más ambicioso que tantos otros como son los que rodean las camarillas de Andrade, cuyo gobierno está totalmente decapitado con la muerte de su amo, el general Crespo.*

De salud estamos bien. Isabel me ha consultado si consideraba oportuno que fuera al mercado con las sirvientas porque quería distraerse un rato y he accedido porque me parece una sana diversión, sólo espero que no la fatigue demasiado el trayecto de Veroes a San Jacinto y la bulla del gentío. Le ha parecido pintoresco y tan diferente a España que le llamaba mucho la atención y a la vez le parecía semejante en algunos detalles a los mercados indígenas de Guatemala, a los que recordaba haber ido de niña con su madre. Se ha extasiado como entonces frente a los vendedores de pájaros y quería comprar alguno, pero asombrada por tantas variedades y no sabiendo cuál escoger entre los pericos y los loros, los canarios y turpiales, los gonzalitos y las paraulatas, los cristofué y los cardenales, optó por no hacerlo. Paseó entre los quioscos de flores del valle y de Galipán, los puestos de frutas de las mujeres que desde Chacao vienen a vender piñas, lechosas, man-

gos, patillas, naranjas, tunas, aguacates, cambures y duraznos. Se reía curioseando entre las baratijas populares como los colmillos de caimán, los amoladores italianos, las imprentas ambulantes, los papagallos, los fonógrafos de gomita, las veras y bastones, los telescopios con fotos de picardía, las estampas, las piedras de zamuro para la buena suerte, las ventas de guarapo y chicha para refrescar la sed. Mucho la sorprendían los parihueleros ofreciendo sus servicios para transportar muebles y espejos, los yerbateros exhibiendo sus ramas curativas y se trajo una de drago que presta mucho para la tos, los jugadores de lotería y un hombre al que le ha dado por ganarse la vida paseándose por el mercado con dos culebras enrolladas de los brazos, haciendo creer a los ingenuos que es un mago venido del Oriente.

Octubre 1899. El general Cipriano Castro, de acuerdo con mis previsiones, se ha hecho amo del poder. Muchos opinaban que fracasaría porque el Partido Liberal no podía aceptar que un hombre casi marginal del mismo se alzara en la silla presidencial so pena de perecer, sin embargo a veces los hombres menosprecian a sus enemigos. Castro con sesenta hombres, algunos casi niños, ha cruzado el país desde La Grita hasta Caracas y el pueblo lo ha aclamado. Confío en que sabrá agradecer los favores que he prestado a la Revolución Restauradora y mi apoyo a su persona mientras estuvo exiliado en Cúcuta, y que no haga gala de la desconfianza andina hacia los centrales, pues le he probado mi amistad cuando él no era nadie de importancia. Nota. Debo recordarle a la sirvienta que vaya a la botica y compre para Isabel un remedio nuevo que anuncian, el Apiol de los doctores Joret y Homolle que cura los dolores, retardos y supresiones de los menstrosos.

Enero 1900. ¡Qué momento tan emocionante! La Humanidad entra en el siglo del futuro y yo he sido nombrado Ministro. La bandera liberal y el emblema de la conciliación nacional se hallan reunidos en las manos de Castro, la Restauración será el remozamiento del

liberalismo amarillo que consolidó Guzmán Blanco. Sin embargo, ¡cómo a veces el destino nos depara las más grandes satisfacciones unidas a las más enconadas amarguras! Isabel no está en disposición de acompañarme a la recepción en la Casa de Gobierno, ha pasado esta semana muy postrada y el médico le ha recomendado reposo para su anemia. Mi madre no sale nunca de su habitación, ni siquiera está en condiciones que me permitan comunicarle mi nombramiento y Malena está muy lejos, buscando en Europa la curación de sus trastornos. Iré sólo. Me esperan ahora grandes responsabilidades, hubiera deseado que mi padre viviera para ver este momento.

Agosto 1900. Isabel está mejor. La he encontrado repuesta esta mañana y me anunció que salía de compras a la Compagnie Française para buscar una batista fina porque quiere encargarse una blusa. Me sorprendió su buen ánimo y cómo le ha mejorado el color tan apagado últimamente. Quiere ir al Teatro Caracas para ver una compañía española que tiene función corrida, representan primero La Diva, luego Los dineros del sacristán y por último hay Gigantes y Cabezudos. Al llegar a mi oficina enviaré a un propio para buscar las entradas, le he encargado también la crema Siren, anuncian que un químico de Oriente, cuyos estudios han sido consagrados a embellecer el rostro y voluptosear las carnes de las mujeres del harén, lo inventó. El realzar su belleza creo que la alegrará más aún y quizás esté en condiciones de acudir a la fiesta que ofrece mañana doña Zoila en su nueva residencia.

Agosto 1900, dos días después. ¡Qué bien estuvo Isabel en la fiesta! Todo el mundo la felicitó por su buen semblante y su elegancia, era una de las damas más bellas y su finura y discreción en nada tenían que envidiarles a las mantuanas. Me sentí muy honrado porque el Presidente inauguró con ella el baile y abrieron con un valse, a mi vez invité a doña Zoila para la contradanza y fue muy amable conmigo, me preguntó cuándo era el santo de Isabel para ir a felicitarla y si

no recibía, tuve que excusarla porque la delicadeza de su salud no le ha permitido corresponder a todas las atenciones que nos brindan y es cierto que son muchos los billetes que nos llegan para ofrecernos una audición de música o una cena y que hemos debido rechazar. Isabel se vistió de negro y se adornó con un collar de perlas que le regalé cuando nació Clemencia, estaba verdaderamente hermosa, recostada sobre la veranda y hablando con las damas, experimenté los mismos sentimientos que cuando la conocí hace años en la casa de su hermano y juntos contemplábamos la espléndida bahía. Conversaba con las otras señoras y cruzaban comentarios sobre la salud de los niños y los nuevos tónicos para el crecimiento que anuncian en las boticas y escuché con agrado que hacía arreglos para ir de compras al Louvre con la esposa de otro de los ministros del gabinete. Los caballeros fumamos y tomamos brandy en uno de los salones, era tema obligado la visita del nuevo representante británico que hacía pocos días había desembarcado en Puerto Cabello y nos preguntábamos si para los ingleses habría cambios importantes, de momento que elegían a un nuevo representante. Nos fuimos temprano porque no quise que Isabel se agotara en una de las primeras recepciones a las que ha tenido el ánimo de asistir.

Febrero 1901. Hoy han terminado las obras de la casa que he encargado construir en Macuto, los planos son de un arquitecto francés y tengo la certeza de que son originales. El clima beneficiará a Isabel y para mí será un lugar de descanso, su salud empeora día a día. Está tan agotada y con tan pocas fuerzas que ni siquiera quiere ir a misa los domingos, mucho menos a la retreta de la Plaza Bolívar después; acostumbrábamos antes a dar un paseo por las Gradillas para saludar un poco a la gente y ver los almacenes pero también ese esfuerzo le resulta ya excesivo. Pasa toda la mañana en la cama, almuerza muy frugalmente y después recibe alguna visita y juega un rato con la niña. Me pregunta qué vapores han llegado o me pide que le lea la prensa, pero pienso que es más por hacerme sentir su presencia que por verda-

dero interés. Ayer tuve que asistir a un concierto al que había sido invitado en casa de unos amigos, además de que soy poco aficionado, me pareció que las muchachas de la familia asesinaban los violines y lo hacían tan mal que no podía distinguirse el Mozart del Pergolesi, Isabel se rió mucho y me dijo que le hubiera gustado ir nada más que por comprobar cuánto exageraba.

Noviembre 1901. El médico me había advertido que un nuevo embarazo sería demasiado para su debilidad pero desgraciadamente fue imposible evitarlo. Se siente tan decaída que me ha pedido que la lleve a España para morir allá, pero le he explicado que me es imposible separarme de mi cargo en estos momentos. Además trato de animarla y disuadirla de ideas tan fúnebres.

Mayo 1902. Isabel falleció anoche. He pasado la noche en vela y para consolarme le he escrito a Malena que apure su regreso pues yo solo no puedo ocuparme de la casa y de las niñas. Espero que me escuche.

Mayo, días después. ¡Curación frecuente!, ¡alivio siempre!, con el uso de la solución antinerviosa Laroyene. Me la he procurado porque desde la muerte de Isabel no duermo bien.

Junio 1905. He asistido a la inauguración del Teatro Nacional en compañía del general Castro, doña Zoila y todo el gabinete. Su estilo neoclásico me parece ya un poco pasado de moda pero sin duda es un bello edificio y creo que permanecerá a la par del que construyó Guzmán.

Diciembre 1908. Ayer el Vicepresidente Juan Vicente Gómez se encargó en propiedad del poder ejecutivo y el General viajó a Europa con los riñones completamente destruidos por la enfermedad. Todos los que hasta ahora aclamaban a Castro y lo impulsaban en sus orgías y desenfrenos delirantes lo califican de la noche a la mañana de sátrapa y monstruo dictatorial y del Caudillo Restaurador han pasado sin ruido al Benemérito Jefe de la Rehabilitación Nacional. Gómez ha

sido astuto y paciente, supo estar a las órdenes de Castro, conocer las debilidades de los hombres sin compartirlas, rodearse de servidores y no de amigos, tener hembras pero no mujeres. La única garantía de mi seguridad es su frialdad, no me odia por haber servido al general Castro, sólo le preocuparía que yo intentara ser obstáculo en su camino y sabe que estoy fuera del juego por mi propia voluntad, cuando he podido medrar para heredar el mando, teniendo muchos amigos y también deudores; si llegara a pensar que puedo serle adverso me eliminaría en el acto, mientras permanezca en la sombra seré una prueba de su generosidad, un preso sin rejas, un enemigo sin voz ni brazo. Si hubiera tenido un hijo hombre hubiera dedicado todo mi esfuerzo a disuadirlo de buscar el poder, pero la muerte temprana de Isabel me dejó sólo dos mujeres, sin embargo tengo una gran preocupación por mi yerno Antonio José, sé que inconfesablemente desea ser político y lo que conozco de su carácter no me parece se aviene bien con el nuevo regidor de los destinos de la patria. Hay algo que lamento de mi retiro y es que en Caracas inauguraron los tranvías eléctricos, siento mucha curiosidad por verlos pero si fuera Gómez podría pensar que salgo de aquí para conspirar o para halagarlo y ninguna de las dos intenciones quiero que me sea atribuida, la primera por lo que estimo la vida, la segunda por lo que aprecio mi dignidad. Permaneceré en Macuto indefinidamente. He descubierto unos baños hidroterápicos que creo me prestarán mucho, son baños de todos los sistemas, ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal. Hay dos departamentos separados, uno para caballeros y otro para familias, servidos por una señora.

Ultimo fragmento. Estoy espantado de las noticias. Más de veinte mil personas han muerto a consecuencia de la gripe española. Los depurativos y parasiticidas me habían mejorado mucho de mis dolencias intestinales pero no creo que contra la gripe surtan efecto. La llaman pandemia, influenza española, dengue. Dicen que el mismo General, por temor a contagiarse, no quiso ver a su hijo Alí antes de

morir y que se ha refugiado en un lugar secreto. ¡Cuántas desgracias! Lo que estamos viviendo es un castigo de Dios, una plaga medieval. Ya no existen enterradores, ni urnas, ni fosas suficientes para tantos cadáveres. Las autoridades han puesto a circular un furgón funerario con cupo para treinta difuntos que recorre las calles y recoge los muertos de toda condición. Se anuncia con una campanilla y quienes tienen un muerto en su casa sacan una bandera negra para que el furgón se pare. Hasta un guapo de barrio ha encontrado oficio en esto y se ofrece a cargar al hombro los cadáveres que nadie quiere tocar. El doctor Benchetrit opina que se trata de un virus intestinal y no pulmonar y lo trata con aceite de ricino y dietas, otros aconsejan los tónicos y estimulantes del corazón, pero la gente aquí es tan primitiva que se imaginan que con el ron San Marcos se libran del mal como si fuera un vulgar catarro.

Noviembre 1918. Me siento algo más tranquilo porque Antonio José me ha prometido irse con Clemencia y las niñas a Europa lo antes posible. Tengo información buena de mis amigos que me dicen que su situación política es muy delicada y conozco lo suficiente a Juan Vicente para saber que el rencor es su única emoción. En cuanto a Elena, me alegro ahora de haber consentido en su matrimonio, cuando era casi una niña, creo que estará mejor casada con un gomecista que cuidando a un viejo.

Diciembre 1918. Estaba seguro de que la sirvienta me mentía, su postración no se debe a los menstros como me dijo y el médico lo ha confirmado. ¡Está apesada! Malena y yo partimos hoy mismo al Hotel La Alemania, quizás no sea demasiado tarde.

... He querido escribir estas últimas líneas para dejar constancia de que hoy hablé con Antonio José y me confirmó que estarán en Puerto Rico a comienzos del próximo año hasta tanto acabe la guerra europea y que sólo volverá a Caracas para vender esta casa llena de recuerdos tristes.

